JUAN LORENZO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

ORIGINAL DE

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, N. 4.
1865.

JUAN LORENZO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

POR

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representado por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe en Diciembre de 1865.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

Examinado este drama, creo que debe prohibirse por su tendencia política, y creo que debe prohibirse tanto mas, cuanto el drama es bueno.—Madrid, 26 de Octubre de 1865.—El Censor de Teatros.—Narciso S. Serra.

Gobierno de la provincia de Madrid.—Seccion de Gobierno.—Negociado 1.º—Número 134.—Por el Ministerio de la Gobernacion se me comunica con fecha 19 del actual la Real órden siguiente:—«Habiendo protestado D. Antonio García Gutierrez contra la prohibicion de la obra dramática titulada Juan Lorenzo, de que es autor, y procedídose de órden de S. M. al nombramiento de un tribunal jurado, compuesto de los Sres D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con el carácter de presidente, y de Don Antonio Ferrer del Rio, D. Eulogio Florentino Sanz, D. Adelardo Lopez de Ayala y D. Juan Martinez Villergas, con el de vocales, para que se examinare dicha obra é informare acerca de la conveniencia de su representacion; el tribunal ha emitido su dictámen en los términos que expresa la copia que adjunta remito á V. E., con el cual ha tenido á bien conformarse S. M. la Reina (q. D. g.), autorizando en su consecuencia la representacion de Juan Lorenzo.—De Real órden lo digo á V. E. para los efectos correspondientes.»—Lo que traslado á V. incluyéndole copia del dictámen del tribunal jurado, que se cita, para su conocimiento y demas efectos.—Dios guarde á V. muchos años.—Madrid, 25 de Noviembre de 1865.—Duque de Sesto.

Excmo. Señor:—En cumplimiento de la Real órden del 5 del corriente, se reunió el tribunal jurado el 14 del mismo en la Biblioteca Nacional á las doce de la mañana, sin dar por terminada su tarea hasta mas de las cuatro de la tarde: tarea grata hasta lo sumo, Excmo. Señor, porque el drama titulado Juan Lorenzo corresponde á la fama legítima de su autor ilustre, y sus tendencias son tales, que á ninguno de los individuos del tribunal jurado le ocurrió el reparo mas leve sobre ellas. Por consiguiente, sin discusion alguna y sin discrepancia, su dictámen es favorabilísimo á la conveniencia de que dicha obra sea representada. La superioridad resolverá como siempre lo mas oportuno.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid, 15 de Noviembre de 1865.—Excmo. Señor.—Juan Eugenio Hartzenbusch.—Adelardo Lopez de Ayala.—Antonio Ferrer del Rio.—Juan M. Villergas.—E. Florentino Sanz.—Excmo. Sr. Ministro de la Gobernacion.—Es copia.—El Subsecretario.—Suarez Inclán.—Es copia.—Sesto.

PERSONAJES. ACTORES.

PERSONAJES.	ACTORES.
BERNARDA	D.ª Teodora Lamadrid.
LA MARQUESA DE BIAR.	D.ª Balbina Valverde.
JUAN LORENZO, pelaire.	D. José Valero.
GUILLEN SOROLLA, tejedor de lana	D. Antonio Pizarroso.
EL CONDE DE ***	D. Antonio Zamora.
VICENTE, albardero	D. Mariano Fernandez.
FRANCIN, escudero del Conde	D. Francisco Pardo.

AGERMANADOS Y DESMANDADOS.

La accion pasa en Valencia en el año 1519.

ACTO PRIMERO.

Sala baja en la casa de Juan Lorenzo. En el fondo, á la izquierda del actor, una pieza con grande entrada, y una cortina que estará descorrida. Tambien en el fondo, y en el lado opuesto, una escalera que comunica con las habitaciones del piso alto. A la derecha, puerta y ventana que dan á la calle, y á la izquierda la alcoba de Lorenzo. En el ángulo de la derecha, y pendientes de escarpias, algunos instrumentos del oficio de pelaire, y una espada. En la habitacion del fondo, un pequeño estante con libros, un retrato del cardenal Cisneros, una mesa y un sillon de baqueta: mas hácia el proscenio y cerca de la alcoba de Lorenzo, una mesa con algunos objetos de devocion, como cuadros con imágenes de santos, colocados contra la pared, y un crucifijo, alumbrado todo por una lámpara. Al levantarse el telon, estará Lorenzo en la habitacion del fondo leyendo: otra lámpara arde sobre su mesa, aunque debe figurarse que es ya de dia.

ESCENA PRIMERA.

LORENZO; BERNARDA, que viene por la puerta del fondo izquierda.

BERN. Qué haces, Lorenzo?
LOR. Qué! es tarde?
BERN. No has dormido!

LOR. No he dormido:
tienes razon: distraido...

BERN. Es posible! (En tono de reconvencion.)

LOR. Como aun arde
mi lámpara!... en mi avidez
por leer, ni aun las horas cuento.

BERN. Yo acortaré el alimento
á tu lámpara otra vez.

LOR. Te has enojado?

BERN. Si, hermano;
tu salud se debilita.

LOR. Mi salud!

BERN. Y necesita
de ciencias un artesano?

LOR. No aspiro á mas beneficio
que al que mi aficion me guarda,
y sabes muy bien, Bernarda,
si amante soy de mi oficio;
yo, de vanidad desnudo,
aunque me tengan por bajo,
estimo en más mi trabajo
que algun hidalgo su escudo.
Sabes que aunque no nos sobre,
nuestra ambicion es medida,
y para tan pobre vida
nos basta mi hacienda pobre.
Si estudio, no es que me venza
del medro el cuidado ansioso:
es que me cansa el reposo;
que el ocio me da vergüenza;
que de los gustos primeros
queda siempre la semilla.
—Ya sabes que fuí en Castilla
familiar del gran Cisneros;
y como aspiraba á entrar
en la iglesia con su amparo,
me fué preciso, está claro,
aplicarme y estudiar.
Mi padre con mano franca
me ayudaba, y decir puedo
que no le robé en Toledo
ni le afrenté en Salamanca.

Pero fué inútil afan.
Recuerdo, y de ello me ufano,
cuando al noble franciscano
acompañaba en Oran.
Un dia, en una empeñada
funcion, no sé como fué
que en la batalla me entré,
y á un muerto cogí la espada,
y la esgrimí de manera,
que me dijo el cardenal:
«Muy bien, Lorenzo! y muy mal:
si has errado tu carrera!
Pues no importa que alborote
el clarin, tu pecho honrado,
que mas vale buen soldado
que mediano sacerdote.»
—No he nacido para fraile:
mi genio es inquieto, activo:
lo cierto es que alegre vivo
en mi oficio de peraile.
Ocupando por sistema
mi tiempo, á todo me amaño,
y lo mismo cardo un paño
que me engolfo en un problema.

BERN. Mas tu salud delicada
resistirá á tanto exceso?
y si te murieras?

LOR. Eso,
qué me importa? poco ó nada.

BERN. Qué dices, Juan? no haces bien
en hablarme de esa suerte.
Si no te importa la muerte;
no habrá quien la sienta?

LOR. Quién?

BERN. Qué pregunta!

LOR. Digo mal.
(Esta prueba es inhumana!)

BERN. Ó no me llames tu hermana,
ó trátame como á tal.
Tu duda crüel me ofende.

LOR. (Con ella tu afecto pruebo.)
Ya sé el amor que te debo.

BERN. No lo sabes. (No me entiende.)
LOR. Si temes que la vigilia
te robe en plazo temprano
al que con nombre de hermano
es tu amigo y tu familia,
ensaya en casa el poder
de tu autoridad suprema:
ríñeme, Bernarda, y quema
mis libros, si es menester.
BERN. No tanto; jamás tocara,
aunque estimo tu reposo,
al pábulo generoso
de tu inteligencia clara.
Sé que te da noble guerra
tu ingenio en alzado vuelo;
mas desciende de tu cielo
alguna vez á la tierra.
Mira lo que en ella pasa;
que es triste y penoso estado
saber que vivo á tu lado
y encontrarme sola en casa.
LOR. Lo que quieras ha de ser.
BERN. Alegrarte es mi intencion.
(No lee en mi corazon.)
LOR. (No me quiere comprender.)

ESCENA II.

DICHOS y GUILLEN SOROLLA, por el fondo derecha.

SOROLLA. Se puede entrar?
LOR. Él lo vea.
BERN. Guillen!
LOR. Qué Guillen?
SOROLLA. Tu amigo.
Bernarda, Dios sea contigo.
BERN. Sorolla, en tu guarda sea.
LOR. Sorolla has dicho?
SOROLLA. No creo
que me desconocerá
Lorenzo.
LOR. Como hace ya (Alargándole la mano.)

un siglo que no te veo!
SOROLLA. Y penas y desengaños,
es verdad! acaban mucho.
LOR. Tú penas, Guillen? qué escucho!
SOROLLA. Que matan mas que los años.
LOR. Mas dónde has estado?
SOROLLA. Ausente,
y hoy he venido á Valencia
por verte aunque mi presencia...
—No me das en que me siente? (Á Bernarda.
BERN. Perdona, Guillen.
(Va á tomar una silla para presentársela á Guillen pero se lo estorba Lorenzo.)
LOR. Aguarda!
y ten, amigo, entendido,
que nunca fué ni ha nacido
para mi sierva, Bernarda.
En mi casa no hay bambolla,
y ella y tú, y todo el que acierta
á entrar por mi humilde puerta
es aqui dueño, Sorolla.
SOROLLA. Perdona si te ofendió...
LOR. Has sido poco oportuno.
Cuando hay que servir á alguno,
para eso estoy aqui yo.
(Coge una silla y se la presenta á Guillen.)
SOROLLA. Qué vas á hacer? (Queriendo impedírselo.)
LOR. Satisfecha
tu voluntad está ya.
SOROLLA. Gracias, amigo! (Esto va
despertando mi sospecha.)
BERN. Lorenzo... perdon si aqui
á darle la razon vengo,
que en ese punto, mas tengo
que agradecerle que á tí.
LOR. Qué has dicho?
BERN. Ó soy tu criada
ó nada soy: te lo aviso.
Soy honrada, y es preciso
que me tengan por honrada.
LOR. Oye: más de un año habrá (Á Sorolla.)
que sabiendo el grave estado

de mi madre, desalado
vine aqui desde Alcalá.
Era tarde: solo habia
donde era todo placer
en mi infancia, una mujer
á quien yo no conocia:
pero mi duda cesó
al verla junto á aquel lecho,
ronco y lacerado el pecho
y llorando mas que yo.
Me puse á su lado: unidas
nuestras lágrimas corrieron,
y á poco se confundieron
en aquel dolor, dos vidas.
Mas luego la ví volver,
su pobre ajuar bajo el brazo,
diciendo: «con este lazo
se desligó mi deber.
Dios lo ha querido: bendito
él, que sus bienes reparte:
voy á buscar á otra parte
el calor que necesito.»
Yo la dije: «No te irás!
tu antiguo puesto recobra,
y si es que alguno aqui sobra
yo soy el que está demas.»
Es la alegre compañera
que en tu vejez, madre mia,
pasó la noche y el dia
velando á tu cabecera.
En fin, no era cosa fuerte,
era accion noble y honrada
cerrar á esa desdichada
la puerta que abrió la muerte?

BERN. En el caso en que me encuentro
tal vez es lo que conviene...

LOR. Hermana! la honra no viene
de afuera: sale de adentro.

BERN. Pero...

LOR. Vaya una ocurrencia!
Bernarda, nada te aflija!
mi madre te llamó su hija:

yo acepto la consecuencia;
y si por causa tan parva
te infama algun insolente,
yo le probaré que miente
por la mitad de la barba.

SOROLLA. Bravo! eso está muy bien dicho!

LOR. Y esto sin que yo la prive
de libertad: aqui vive
cada cual á su capricho.
No es cierto?

BERN. Ni lo será,
y por eso, humilde esclava,
un favor de tí esperaba.

LOR. Tenlo por logrado ya.

BERN. Á la Vírgen sin mancilla
celebra toda Valencia.

LOR. Qué quieres?

BERN. Con tu licencia,
ir á su santa capilla.

LOR. Pues tienes necesidad
de ella?

BERN. Dámela, Lorenzo.

LOR. De imaginar me avergüenzo
que no tienes libertad.
Ve, pues, y por mí la reza.
(Al pasar Bernarda al lado de Sorolla, le dice este aparte.)

SOROLLA. (El mismo favor invoco.)

BERN. No lo necesitas poco. (Váse.)

SOROLLA. (Siempre la misma aspereza.)

ESCENA III.

JUAN LORENZO y SOROLLA.

LOR. Qué te decia?

SOROLLA. Donaires.
(Si sospecha...) Á verte vengo
con peligro de mi vida.

LOR. Con peligro! cómo es eso?

SOROLLA. Ando á sombra de tejado
por temor á un caballero

que jura que ha de matarme.

LOR. Ah!

SOROLLA. Y es muy capaz de hacerlo.

LOR. Le has dado causa?

SOROLLA. Ninguna,
si no lo es que nos hacemos
competencia.

LOR. En qué?

SOROLLA. En amores.

LOR. Tan alta la mira has puesto
de tu ambicion?

SOROLLA. Al contrario:
no me tengas por tan necio.
Amar á una hidalga! fuera
no ya solo atrevimiento,
sino ocasion de sufrir
su castigo ó su desprecio.
La persuasion es inútil:
el rapto crímen horrendo.
Del mísero Gil Quiñones
diciéndolo está el ejemplo.

LOR. Ese es delito de muerte.

SOROLLA. Para nosotros, es cierto:
asi la Juana Corella
costó al buen Gil el pescuezo.

LOR. La mujer que tu rival
pretende?...

SOROLLA. Es hija del pueblo.

LOR. Siempre lo mismo! esos hombres
no tienen ley ni respeto
que ataje sus demasias.

SOROLLA. Es verdad; mas qué le haremos?

LOR. Eso preguntas! pues qué,
no ha de llegar el momento
en que rompamos la infame
sujecion en que nos vemos?

SOROLLA. Qué dices, Juan? qué demencia
te inspira esos pensamientos?
Estás delirando!

LOR. Quién
me los inspira? primero
mi corazon, que no está

á tratos indignos hecho:
despues, el que largos años
fué mi padre y mi maestro;
el que humilló las cabezas
de esos próceres soberbios;
el que abatió tantas veces
bajo su cordon de hierro
á Ureña y al Infantado,
y á Alburquerque y á otros ciento.
Bien se ve, Guillen Sorolla,
bien se conoce que ha muerto
nuestro padre y nuestro amparo,
el franciscano Cisneros.

SOROLLA. Si te digo la verdad,
eso es para mí tan nuevo!
diré mas, tan imposible!
Vamos! que no lo comprendo!

LOR. Y por qué? porque desmiente
cuanto has visto?

SOROLLA. Y cuanto veo,
y lo que veré.

LOR. Quién sabe!
hay mucho que hablar en ello.

SOROLLA. Si es natural... Gerarquias
creó Dios, hasta en el cielo:
no ha de haberlas en la tierra?

LOR. Hay gerarquias: es cierto.
Dios al repartir sus dones
nos hace á todos diversos;
y esto es de su omnipotencia
clara señal: nada ha hecho
que desmienta la admirable
variedad del universo.
Mas tambien quiso mostrarnos
su voluntad, y por eso
todo trae la indeclinable
sancion de su augusto sello.
Al uno le da la fuerza,
al otro le da el ingenio;
mas con qué señal nos dice;
«Tú eres noble y tú plebeyo?»

SOROLLA. Eso es decir que tú niegas...

Lor. Entiéndeme: lo que niego
no es la razon con que gozan
los bienes de sus abuelos.
Ni me importan sus blasones
ni de su orgullo me ofendo:
lo que me ofende es que toquen
á mis naturales fueros.
Me indigna que ante la absurda
invencion del privilegio,
prevarique la justicia
y retroceda el derecho.
Tú mismo, no estás ahora
su injusto rigor sufriendo?
y eso no es solo: el peligro
de la vida es lo de menos.
Qué hermana, qué hija, qué esposa
guardan nuestros pobres techos
que pueda decir mañana,
«honrada soy: quiero serlo!»
Tu honor, tu caudal, tu fama,
nada es tuyo; todo es de ellos,
y quéjate y pide amparo
á jueces que tienen miedo.

Sorolla. Eso es verdad; sin embargo,
como no hay otro remedio,
callaré y tú callarás.

Lor. Callarme yo? lo veremos.
Imaginas que soy hombre
para sufrir en silencio
una injusticia, un agravio,
no digo propio, ni ajeno?

Sorolla. En qué piensas?

Lor. Tengo ya
en favor de mis proyectos
imaginada la traza
y preparado el terreno.

Sorolla. Y cómo?

Lor. Ya han comenzado
á ensayarse nuestros gremios
en alardes belicosos
y en ejercicios guerreros.
El moro, que nuestras costas

ha llevado á sangre y fuego
mil veces, fué la ocasion,
ó mejor dicho, el pretexto.
Y una vez que la costumbre
haga del cortante acero
dócil medio en nuestras manos
y familiar instrumento,
veremos si nos insultan
esos hidalgos: veremos
si aprenden á respetarnos.

SOROLLA. Siento verte en ese empeño.

LOR. Qué me puede suceder?

SOROLLA. Aventurar el pellejo.

LOR. Ya lo sé; por eso mismo
de mis bienes he dispuesto,
y dejo dueña á Bernarda
de todo cuanto poseo.

SOROLLA. Hola!

LOR. No tengo parientes.

SOROLLA. Has hecho ya testamento?

LOR. Si.

SOROLLA. Ya ves: eso me prueba
lo temerario, lo expuesto
de tu empresa.

LOR. No es posible
que me disimule el riesgo.
Pues por lo mismo, si tiene
mi sacrificio algun mérito,
es que de antemano estoy
á padecerle dispuesto.
Solo á Dios pido que sea
á sus ojos tan acepto,
como es puro; como está
de toda ambicion exento.

SOROLLA. No tienes ambicion?

LOR. Yo?
ninguna.

SOROLLA. Te lo confieso:
tu desinterés admiro!
(Y diré mas: no lo creo.)

ESCENA IV.

DICHOS y la MARQUESA.

MARQ. Juan?
LOR. Vos aqui, y á esta hora?
algo extraordinario pasa
para que mi pobre casa
honre tan noble señora.
Cómo está su señoria
en la mansion de un villano?
MARQ. Por fuerza, puesto que en vano
te he llamado yo á la mia.
Por segunda vez Francin
vino á verte...
LOR. Harto me pesa.
MARQ. No quisiste, y la marquesa
tuvo que ceder al fin.
LOR. Es que temí, y con razon,
que reconvenirme fuera
vuestro intento.
MARQ. Acaso.
LOR. Y era
inútil reconvencion.
MARQ. Es decir ,que tú apadrinas...
LOR. Y de ello no me avergüenzo.
MARQ. Este es el fruto, Lorenzo,
de tus extrañas doctrinas.
Y como nadie la guarda
y es de agraciada persona,
Bernarda se nos entona.
LOR. Qué habeis dicho de Bernarda?
y qué tiene ella que ver
en esto?
MARQ. No has entendido?
SOROLLA. (Yo la entiendo.)
LOR. Habia creido..
MARQ. Se trata de esa mujer.
Cómo este paso interpreta?
LOR. Como en campos y ciudades
se introducen novedades

y el pueblo bajo se inquieta,
como sabeis que sustento
su fé, que á su lado estoy
y que gozoso le doy
mi vida y mi pensamiento,
imaginé que juzgando
mi conviccion menos firme,
intentabais persuadirme
á abandonar ese bando.

MARQ. Menos vano te creí.
Tranquila estoy, no lo dudes:
esas locas inquietudes,
si me importan, es por tí:
que siento que tu despecho
te lleve á una demasia.
—Nunca olvidaré que un dia
tu madre me dió su pecho.
—Mas qué harán esos desmanes
en almas de orígen noble?
Para eso ha nacido el roble:
para arrostrar huracanes.

LOR. Pero no siempre es feliz:
que cuando lo quiere el cielo
más de un roble viene al suelo
arrancado de raiz.
Mas, pues que no os interesa
esto, dejémoslo á un lado.
En qué, Bernarda, ha agraviado
á la señora marquesa?

MARQ. Con pretension orgullosa,
—mire que mal no le salga!—
se nos quiere entrar á hidalga
por los blasones de hermosa.

LOR. (Dios mio!) La nueva es cierta?

SOROLLA. Cierta es, Lorenzo.

LOR. Por Cristo!...

MARQ. Cómo es que al galan no has visto
en el umbral de tu puerta?
Si tarde, noche y mañana,
publicando sus amores,
cubren papeles y flores
los hierros de su ventana!

LOR. Pero ella da á su deseo
alas? acaso permite...
MARQ. Yo no te diré si admite
ó rechaza el galanteo;
pero se dice en Valencia
que irrita su pasion loca,
con el desden en la boca
y en los ojos la indulgencia.
LOR. Pensais que le ama?
MARQ. Quizás.
LOR. En qué lo veis?
MARQ. Anda triste.
LOR. Y sin embargo, resiste.
MARQ. Para asegurarlo mas.
LOR. Generosa rectitud!
pensad siempre de ese modo:
creed de nosotros, todo
lo que no fuere virtud.
Es decir, que ame ó no ame,
es culpable: fuerte cosa!
Si resiste, es ambiciosa,
y si sucumbe, es infame.
Las que á la ingrata fortuna
debeis ese humilde estado,
sobre el que pesa el sagrado
privilegio de la cuna,
cómo, degradados seres,
os atreveis á agradar?
Si Dios no ha debido dar
ni hermosura á esas mujeres!
MARQ. Mas dado que fuera vano
el temor con que te advierto,
no por eso es menos cierto
que ha enloquecido á mi hermano.
LOR. Es él!
MARQ. Que no puede nada
poner á su audacia coto,
y que por Bernarda ha roto
su boda ya concertada.
La mujer á quien ha herido
con su injusta negativa,
es poderosa, es altiva,

y es deuda de mi marido.
Hay dos familias que estan
á riesgo de una querella,
porque la muchacha es bella
y temerario el galan.
Ea pues! ve si concilias
de tu honor en testimonio,
la paz de mi matrimonio
y la union de dos familias.

ESCENA V.

DICHOS y VICENTE, apresurado.

VICENTE. Lorenzo! corre!
LOR. Qué gritas?
VICENTE. Qué gusto! se ha armado ya!
LOR. Qué hay, Vicente?
VICENTE. Una de palos
en la fiesta... (Lorenzo hace ademan de salir.)
SOROLLA. Adónde vas?
LOR. Á ver qué es eso.
VICENTE. Con tiento!
LOR. Por qué?
VICENTE. Para todos hay:
no ha llovido tan menudo
desde San Isidro acá.
LOR. Perdonadme: esto me importa,
y mucho.
SOROLLA. Cuidado, Juan.

ESCENA VI.

DICHOS, menos JUAN LORENZO.

SOROLLA. Por qué ha sido la pendencia?
VICENTE. Por una barbaridad.
—Figuraos... esto se dice:
que allí mismo, en el umbral
de la iglesia, han pretendido
á una doncella robar.

Marq. Quién?
Vicente. Quién? vaya una pregunta
rara! pues dicho se está!
Quién se atreve aqui á esas cosas?
Un hombre de calidad.
Poniéndola sobre el cuello
de un poderoso alazan,
al noble bruto espolea
desgarrándole el ijar;
y viendo que se le opone
la gente, con ademan
resuelto esgrime la espada
gritando: «Canalla! atrás!»
Pero el pueblo avanza, ruge,
se encabrita el animal,
y en un momento, cien brazos
con él en el suelo dan.
De una y otra parte acuden,
con espadas los de allá,
los nuestros con argumentos
de acebuche y de nogal.
Hasta los chicos, pardiez!
peleaban: yo ví un rapaz
romper murallas de hidalgos
con balas de pedernal.
Un David era el chiquillo,
y te puedo asegurar
que á golpe de peladilla
cayó mas de un Goliat.
Marq. (Cielos!)
Vicente. Bueno anda el granizo!
Yo quise curiosear,
y me alcanzó un garrotazo!
Sorolla. Tambien?
Vicente. Pero magistral!
Entonces comprendí que era
cosa de mucha entidad;
jarana completa, y dije:
«voy á avisárselo á Juan.»
Marq. Es decir, que la semilla
fructifica en la ciudad.
Vicente. Si, señora: esos hidalgos

son el mismo Barrabás;
y entre tanto que no ahorquemos
al último, no habrá paz.

SOROLLA. Necio! mira con quien hablas!
es la marquesa de Biar.

VICENTE. La marquesa?...

MARQ. Desdichado!

VICENTE. Ah, señora; perdonad!
(Afectando sentimiento.)
Conque vos sois la marquesa
de... Si soy un animal!

SOROLLA. Es cierto!

VICENTE. Pero no tanto
como podeis sospechar.
Yo no he dicho que es su hermano
el autor de este desman.

MARQ. Mi hermano!

VICENTE. Tampoco he dicho
que puede pasarlo mal:
que está acorralado...

MARQ. Basta.
(Váse precipitadamente.)

ESCENA VII.

SOROLLA y VICENTE.

SOROLLA. Sabes que has estado audaz?

VICENTE. No lleva mal sinapismo.

SOROLLA. Pero es cosa singular!
Os hallo á todos inquietos.

VICENTE. Pues qué! no te han dicho ya?...

SOROLLA. Algo me explicó Lorenzo;
pero es verdad?

VICENTE. Si es verdad?
Puede que no tardes mucho
en verlo: no tienes mas
que preguntarle á los tuyos.

SOROLLA. Los mios?

VICENTE. A tu hermandad.

SOROLLA. Los tejedores de lana...

VICENTE. Que! si los vieras marchar

de pífanos y tambores
al redoblado compás!
Todos los gremios se ensayan
en el arte militar.

SOROLLA. Hola?

VICENTE. Hasta los albarderos,
que vamos siempre detrás.

SOROLLA. Y conoces el objeto
de tanto apresto marcial?

VICENTE. Yo no lo sé á punto fijo,
aunque me lo explica Juan
muchas veces: pero yo
echo mis cuentas acá.
Del tio Martin Puyades
nada tengo que esperar.

SOROLLA. Por qué?

VICENTE. Me aborrece, y yo
le pago: estamos en paz.
Los nobles, son todos ricos:
es decir, salvo tal cual
pelagatos, que no cuenta:
pero yo pienso contar.
Vencemos á los que tienen,
que por regla general
los mas vencen á los menos,
y los pobres somos mas.
Los despojos del vencido
son del vencedor: qué tal?
digo yo! porque estas cosas,
sin amo no han de quedar;
y puesto que yo he pasado
diez años das que le das,
sobre mis albardas, creo
que me toca descansar.

SOROLLA. Sabes, Vicente, que tienes
un talento natural!...
—No me convenció Lorenzo:
pero...

VICENTE. Calla! aqui estan ya.

ESCENA VIII.

DICHOS, BERNARDA y JUAN LORENZO.

LOR. Ven.
BERN. Sosiégate.
LOR. Si estoy
tranquilo ya! no lo ves?
(Ó espira bajo mis pies
ó Juan Lorenzo no soy.)
SOROLLA. (Ella fué!...)
LOR. Guillen, amigo.
SOROLLA. Qué es eso?
LOR. Que han agraviado
á Bernarda, y no he llegado
á tiempo para el castigo.
BERN. Vuelve en tí: cese el rencor.
SOROLLA. No dicen que ha habido lucha?
que ha corrido sangre?
LOR. Y mucha.
BERN. Esa es mi pena mayor.
LOR. Esa lucha rencorosa,
pueblo infeliz! es acaso,
solamente el primer paso
de una campaña afanosa:
sobre esa sangre primera
en que tu pié se resbala,
la muerte ha batido el ala
saludando tu bandera.
BERN. No digas eso.
LOR. Tendrás
compasion?...
BERN. Yo solo puedo
decirte que tengo miedo
y lástima, y nada mas.
LOR. Del pueblo eternizar quieres
las cadenas vergonzosas!
BERN. Qué sabemos de esas cosas
nosotras, pobres mujeres?
LOR. Mujeres hay que en el fuego
se encienden de este amor santo.

BERN. No pienses que yo me espanto
por eso: si no lo niego!
mas si hay mujer semejante
á quien la guerra no aflija,
yo la diré: «Si eres hija,
esposa, madre ó amante;
cómo la mortal zozobra
que yo siento, no te asalta?
No lo eres? todo te falta:
solo la vida te sobra.
Con tu soledad, la guerra
bien sus terrores concilia;
mas la que tiene familia
ama la paz en la tierra.»
SOROLLA. Pues bien, Bernarda: tú que eres
por tu mal ó tu fortuna,
huérfana; no serás una
de esas heróicas mujeres?
BERN. Qué has hablado de horfandad?
yo huérfana? qué capricho!
Lorenzo! oyes lo que ha dicho?
responde que no es verdad.
LOR. No, hermana, mientras Dios quiera
que sangre en mis venas arda.
Huérfana serás, Bernarda,
el dia en que yo me muera.
BERN. Pues si tengo tanta parte
en tu amor, cómo te atreves?...
LOR. Esto es preciso.
BERN. No debes
para tu hermana guardarte?
LOR. Piensa en que el pueblo por mí
esa bandera tremola.
BERN. Piensa en que me quedo sola
cuando me quede sin tí.
LOR. La soledad te da afan!
yo te buscaré un marido.
BERN. Oh! jamás! (No me ha entendido!)
SOROLLA. (Dios mio! Si se amarán!)
Alienta! desde este instante
en que su agravio la mueve,
ya no le queda á la plebe

sino marchar adelante.

LOR. Tú quieres participar
del peligro?...

SOROLLA. Y qué he de hacer?
(Yo no tengo que perder
y aqui hay mucho que ganar.)

LOR. Bien! bien! (Apretando la mano á Guillen.)

BERN. Y qué va á venir?

VICENTE. Mañana será otro dia.

LOR. La vida está en la osadia:
retroceder es morir.
Ve, Guillen: tú eres sagaz,
animoso, inteligente.
Puesto que es para esa gente
la razon ineficaz,
alienta á nuestros hermanos,
y Dios confunda al que ceje
ó por un momento deje
el acero de las manos.

SOROLLA. Voy. (Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

DICHOS, menos SOROLLA.

LOR. Tú, Vicente...

VICENTE. Hay que hacer?

LOR. Corre: avisa que esta tarde
hemos de hacer nuevo alarde
de nuestra union y poder.
(Váse Vicente.)

ESCENA X.

BERNARDA y LORENZO, poco despues el CONDE.

LOR. Hoy verá el juez cohibido
que el pueblo siente su afrenta
y quiere justicia, á cuenta
de lo mucho que ha sufrido:
pero si el oro le vicia
ó le acobarda el poder,

de modo que venga á ser
oprimida la justicia,
pronto en su socorro armadas
acudirán nuestras gentes,
marchando á cajas batientes
y banderas desplegadas. (Sale el Conde.)

BERN. Dios nos ampare! (Viéndole.)

LOR. Qué veo!
es el conde!—Ese trabajo
(Descolgando la espada.)
me ahorrais: sin duda aqui os trajo
el poder de mi deseo.
En guardia!

CONDE. Qué haces, villano?

BERN. Juan, detente! (Interponiéndose.)

LOR. Dios le valga!
no saldrá como no salga
castigado de mi mano!

BERN. No!

LOR. Te ha insultado y no puedo...

BERN. Quieres que muera á tus pies?

CONDE. Suéltale, digo: no ves
que palidece de miedo?

LOR. Yo? (Pugnando por desasirse.)

BERN. Perdóname que impida...
(Abrazándose á las rodillas de Lorenzo.)

CONDE. El tonsurado es vehemente
y gasta espada! valiente
incensario por mi vida!

LOR. No os defendeis?

CONDE. Temerario!
tiembla que mi mano airada...

LOR. Mejor esgrimo la espada
que manejo el incensario;
mas puesto que quiere Dios
que imposible por hoy sea
mi venganza, que no os vea.

CONDE. Nos hallaremos los dos.

LOR. Salid de mi casa.

CONDE. Tengo
que hacer...

LOR. No quereis salir?

CONDE. Antes me es fuerza cumplir
una palabra: á eso vengo.
En un caballero es ley
y á una mujer interesa.
LOR. Y qué es?
CONDE. Hice una promesa
á mi hermana y al virey.
Para atajar estos males
me lo ordena un padre viejo
despues de oir el consejo
de personas principales.
Á disculpar mi locura
(Dirigiéndose á Bernarda.)
vengo, cual si no bastara
á excusarla, de tu cara
la tentadora hermosura.
LOR. Basta.
CONDE. Mis locos amores
me hicieron buscarte ciego;
me rechazaste y no niego
que son justos tus rigores.
Tu humildad es la razon
de tu esquivez: eres justa!
tu humildad que no se ajusta
con mi altiva condicion;
mas viendo que he de perderte,
con mi nobleza enojado,
mil veces he deseado
participar de tu suerte.
LOR. Caballero...
BERN. Á mí me toca
hablar.
CONDE. Será con rigor;
pero no importa: mejor
quiero oirlo de tu boca.
BERN. Caballero... principal!
mucho os habeis extasiado
en pintar de nuestro estado
la condicion desigual.
Yo os perdono ese desaire,
si lo es, que somos al cabo,
vos, de vuestro nombre esclavo,

y yo, libre como el aire.
Y ó mi indignacion me ofusca,
ó nada, señor, os debe
esta mujer de la plebe
que ni os codicia ni os busca.
Pero hay para ese amor loco
otro obstáculo.

CONDE. Ya espero
que lo digas.

BERN. Que no os quiero;
lo ois? ni mucho ni poco.

LOR. Y añadid al que ha ultrajado
á una mujer buena y casta...

BERN. Calla!

CONDE. Sigue.

LOR. Que no basta
la satisfaccion que ha dado.

CONDE. Pues qué mas quieres?

LOR. Qué mas?

CONDE. Habla.

LOR. Un público escarmiento.

CONDE. Hay mayor atrevimiento?

LOR. Justicia.

CONDE. Y la pedirás?

LOR. Señor... con toda mi fé,
y os juro que si hay malicia,
que si no me hacen justicia...

CONDE. Qué harás?

LOR. Me la tomaré.

ESCENA XI.

DICHOS y SOROLLA.

SOROLLA. Lorenzo! vengo admirado!
—Quién es? ah!

CONDE. Si no me engaña
mi vista... —Gracias á Dios
que nos vemos.

LOR. Por qué gracias?

CONDE. Porque he encontrado por fin
alguna sangre villana

en que desahogar mis iras
y comenzar mi venganza.

SOROLLA. Lorenzo! ese es mi enemigo.

LOR. Yo te juro que en mi casa
no ha de tocarte á un cabello
si primero no me mata.

BERN. Conde...

CONDE. Qué vas á decir?

BERN. Que estais ofendiendo...

CONDE. Calla
y no intercedas por él,
que tu proteccion le daña.
Pero mas que me repugna,
tu necia eleccion te agravia,
que para tan vil marido
vales tú mucho, Bernarda.

LOR. Con que era por ella! (Y yo
que insensato imaginaba!...)

BERN. No es tiempo ni es ocasion
de desengañaros: basta
deciros...

LOR. Que es un sagrado
para todos mi morada:
que ha mucho que estais haciendo
campo libre de esta sala,
y es tiempo ya de que cese
intervencion tan extraña.

CONDE. Dices bien; mas te aconsejo,
Guillen, que de aqui no salgas;
que de mis iras no estás
seguro en calle ni en plaza:
y primero que consienta
en tan absurda alianza,
el amor con que la insultas
te arrancaré con el alma. (Váse.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, menos el CONDE.

BERN. No vayas á imaginar... (Ap. á Lorenzo.)

LOR. Bien! bien: déjanos. (Con severidad.)

BERN. No vayas
á suponer que he podido
jamás...
LOR. Te digo yo nada?
(Procurando dulcificar su aspereza. Bernarda se aleja con muestras de abatimiento, y se ocupa en su labor durante los dos siguientes diálogos.)
Qué has hecho, Guillen? qué has visto?
SOROLLA. Lo que nunca imaginara!
un pueblo que se despierta.
Pero...
LOR. Qué?
SOROLLA. Nos faltan armas.
Mas para suplirlas, todas
las artes de la paz cambian
sus instrumentos pacíficos
en dardo, cuchillo ó lanza.
Los de mi gremio, reunidos
en fiero tumulto estaban:
para que mejor me escuchen
invoco tu nombre, y callan.
Como aun iba resonando
el eco de tus palabras
en mi corazon, sentí
que mi aliento se ensanchaba.
Hablé... sin duda fuí el eco
de tu elocuencia gallarda:
inflamé sus corazones
y halagué sus esperanzas.
No sé cómo fué, que al cabo
de mi calurosa plática
me ví en los brazos robustos
de aquella gente bizarra.
Por su mensajero vengo:
los tejedores de lana
ofrecen vidas y haciendas
de la libertad en aras.

ESCENA XIII.

DICHOS y VICENTE, que sale muy alborotado.

VICENTE. Ya vienen! Lorenzo, sal.
Los gremios todos se ofrecen
á tí: soldados parecen
en el aspecto marcial.
LOR. Todos?
VICENTE. Todos vienen hoy
á dar de su afecto muestra.
Bernarda es hermana nuestra.
BERN. (¡Qué desventurada soy!)
VICENTE. Toma tus armas y corre:
ya dan aliento al motin
en las calles el clarin
y la campana en la torre.
(Se oye tocar una campana á rebato, y al mismo tiempo rumor de clarines y tambores.)
Oyes ese repiquete?
es la parroquia.
SOROLLA. Si hay lucha,
servirá de doble.
(Suena otra campana mas cerca.)
VICENTE. Escucha!
ahora empieza el Miguelete.
LOR. Voy al punto. (Entra en su habitacion.)

ESCENA XIV.

DICHOS, menos LORENZO. El ruido de clarines y tambores se va haciendo mas perceptible.

VICENTE. Ya lo ves! (Á Sorolla.)
SOROLLA. No creyera...
VICENTE. Solo en mi arte
faltamos la mayor parte
supuesto que somos tres.
SOROLLA. Por qué?
VICENTE. Francisquet se queja:
dice que siente mareo

y náuseas; pero yo creo
que su mujer no le deja.
Tampoco es del rebullicio
Pons, que su Inés le acobarda,
y es que ambos llevan la albarda,
costumbre ya del oficio.

ESCENA XV.

DICHOS y LORENZO, que vuelve á salir con capacete y broquel toma á su salida la espada, que pende de la pared.

VICENTE. Lorenzo! bizarro estás.
LOR. Id delante: pronto os sigo.
(Vánse Sorolla y Vicente.)
—Necesito hablar contigo.
(Por última vez quizás.)
Lo que á tu ventura cuadre
es mi obligacion primera.
Tú has sido mi compañera
desde que perdí á mi madre.
Reconocido á este bien
debo pagar tus mercedes,
y quiero que hoy mismo quedes
desposada con Guillen.
BERN. Si no le amo!
LOR. No? qué escucho!
BERN. Que no.
LOR. Si eso me aseguras,
yo te juro...
BERN. Qué me juras?
LOR. Que te lo agradezco, y mucho.
BERN. (¡Es posible!)
LOR. Si en el blando
corazon tuyo no cabe
tan loco amor!—En fin, sabe... (Vacilante.)
—Pero me estan esperando.
BERN. Antes explícame... aguarda.
LOR. Ya al conde no lo has oido?
BERN. Qué es?
LOR. Que para ese marido
vales tú mucho, Bernarda.
(Váse apresuradamente.)

ESCENA XVI.

BERNARDA, luego SOROLLA.

BERN. Qué quiere decir? sospecho
que en su mirada... ilusion!
Mas por qué mi corazon
se quiere salir del pecho?
(Asomándose á la reja. El ruido de los clarines y tambores se va alejando por momentos.)
Aquel es.—Qué capitan
se le compara en el brio?
Qué airoso va el dueño mio!
qué bizarro y qué galan!
Como reinas en mí, seas
el sol del plebeyo bando.
—Si me irán ya contagiando
sus peligrosas ideas?
—Si era preciso! mi suerte
no va con la suya unida?
Yo he de vivir con su vida
y he de morir con su muerte.

SOROLLA. Allí está: qué mira? (Saliendo con precaucion.)

BERN. Siento
pasos.—Ah!

SOROLLA. Siempre ese adusto
semblante.

BERN. Guillen!

SOROLLA. Te asusto?

BERN. Sal de aqui: sal al momento.

SOROLLA. Apártate de esa reja
menos que tu pecho dura.

BERN. No: vete! (Agarrándose á los hierros con terror.)

SOROLLA. Escuchar procura
por última vez mi queja.
Pero no; no vengo á eso,
aunque mis celos atroces
me asesinan.—Ya conoces
de mi pasion el exceso.
Con Lorenzo, desde aqui

á arrostrar peligros voy:
soldado del pueblo soy
por tu cariño; por tí.
Si tu piedad me concede
una esperanza no mas,
habla, Bernarda, y verás
lo que el amor en mí puede.
Si esa esperanza me quitas...

BERN. Pues yo...

SOROLLA. Deja que concluya!
—Te lo juro: con la tuya
mi desgracia precipitas.
Del mal ó el bien en un punto
se abren las sendas opuestas.
Me quieres ó me detestas?
cuál seguiré, te pregunto?
Ángel ó demonio soy:
elige.

BERN. Vete.

SOROLLA. No, elige.

BERN. Sorolla, ya te lo dije
mil veces.

SOROLLA. La última es hoy.

BERN. Es preciso?

SOROLLA. Acaba ya
y señálame el camino.

BERN. Te abomino! te abomino! (Con exaltacion.)

SOROLLA. Yo sé quién lo pagará.
(Se aleja lentamente dirigiendo á Bernarda miradas rencorosas: Bernarda permanece agarrada convulsivamente á la reja, y dominada por el terror.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Patio de la Audiencia de Valencia. En el fondo á la izquierda, gran escalera que conduce á la sala del tribunal: en medio, puerta que da salida á la calle, y otra á la derecha que se figura que comunica con el piso alto por medio de una escalera excusada. Al levantarse el telon está ocupado el teatro por diferentes grupos, entre los que reina grande agitacion. Vicente está en medio de uno de los mas numerosos, cerca del proscenio.

ESCENA PRIMERA.

VICENTE, PUEBLO.

VICENTE. Nada! aun no se sabe nada;
mas lo sabrán, Dios mediante,
nuestros nietos: si comienzan
con dilaciones y trámites
como siempre... verbi-gracia:
con el traslado á la parte,
la apelacion, el recurso
y otras mil trampas con que hacen
en provecho de letrados
las causas interminables,
es posible que esto dure

por siglos y eternidades.
No extrañaré que los jueces
le absuelvan, y casi casi,
me alegraria: qué diablos!
es preciso que esto acabe:
y acabará, yo os lo fio.
En tanto, no hay que apurarse:
imperturbabilidad,
mala intencion, y adelante!
este es mi sistema.—Vienes
en buena ocasion.
(Á Sorolla, que sale por la izquierda.)

ESCENA II.

GUILLEN SOROLLA, VICENTE y PUEBLO.

SOROLLA. Qué haces?
VICENTE. Estoy atizando el fuego:
preparo las voluntades
del pueblo menudo. Hoy juzga
la audiencia al conde.
SOROLLA. Y qué sabes?
VICENTE. Nada; mas si no se atreven
sus jueces á condenarle;
si le dejan sin castigo,
entonces va á ser el baile.
—Estás decidido?
SOROLLA. Á todo.
VICENTE. Bueno! voy á presentarte
á los nuestros.
SOROLLA. Para qué?
VICENTE. Toma! para que les hables.
Despues de Lorenzo, tú eres
uno de los mas capaces...
SOROLLA. Quieres que verdad te diga?
yo no trabajo por nadie.
Mas claro: no estoy contento.
VICENTE. Puedes tomar el portante,
y luego: aqui no se quieren
conspiradores de lance.
SOROLLA. Desconfias?

VICENTE. Si.
SOROLLA. Me juzgas
tibio, traidor ó cobarde?
VICENTE. Me pareces sospechoso:
ó dentro ó fuera! qué diantre!
Ya ves como yo hablo claro.
SOROLLA. Yo lo haré tambien... mas tarde.
Tú nada aventuras.
VICENTE. Cómo?
SOROLLA. Aventuras lo que vales.
Qué arriesgas aqui?
VICENTE. El pellejo.
SOROLLA. Quién lo ha de querer de balde?
Tú eres solo, y con perderte
no das que sentir á nadie.
Tampoco tiene Lorenzo
afectos que le embaracen.
VICENTE. Y tú?
SOROLLA. Yo tengo familia.
VICENTE. Guillen, basta de romances.
SOROLLA. Qué! no es cierto?
VICENTE. Para el caso
que haces tú de tu linaje!
Casteluí, que has renegado
hasta el nombre de tu padre!
Ensálzate: no me opongo;
mas no intentes compararte
conmigo.
SOROLLA. La diferencia
es en efecto...
VICENTE. Importante.
Yo tengo, como es notorio,
al hermano de mi madre:
soy su propíncuo heredero.
SOROLLA. Mas no piensas heredarle.
VICENTE. Eso es verdad: viejo avaro!
mas rico que cien abades...
SOROLLA. Que te odia.
VICENTE. Tambien es cierto:
el cuarto que yo le atrape...
SOROLLA. Vicente, vamos á cuentas:
no tengo por qué negarte

que soy ambicioso: tú
padeces del mismo achaque.
Mas yo tengo otra flaqueza:
que no quiero que me mande
ninguno de los que han sido
hasta el dia mis iguales.
Pero si tú me ayudaras!
siendo yo jefe, quién sabe!...
Lorenzo es ya el capitan
y el alma de los pelaires:
no es natural que yo aspire
á serlo de mis cofrades?
Los tejedores de lana
forman un gremio importante,
numeroso; mas compuesto
de gentecillas vulgares.
Si yo fuera capitan
de esa família, es probable
que antes de mucho mandara
en Valencia sin rivales.

VICENTE. Y yo?

SOROLLA. Tú irás á mi lado
haciendo tu aprendizaje,
y como tienes talento...

VICENTE. Mira, mira! esas son frases.

SOROLLA. Pues qué es lo que quieres?

VICENTE. Yo
en teniendo lo bastante
no pido mas: no me gustan,
ni quiero superfluidades.
Me contento con la herencia
de cualquiera de esos grandes:
yo escogeré.—Por lo pronto
conozco unos olivares...

SOROLLA. Dame esa mano.

VICENTE. Y tú?

SOROLLA. Yo,
con tal que no se me escape
el conde, por hoy no tengo
deseo mas apremiante.

VICENTE. Pero despues...

SOROLLA. Qué he de hacer

si viene rodado un lance?
VICENTE. Asi me gusta!—Lorenzo
nos habla de libertades,
de leyes y de otras cosas
que estan fuera de mi alcance:
asi es que me quedo á oscuras;
mas tú tienes un lenguaje
mas llano: lo que tú dices
me parece mas palpable.
Vamos á ver! en qué puedo
ayudarte y ayudarme?
Di.
SOROLLA. Pintándome á los ojos
de esos pobres badulaques
como un hombre perseguido.
—El pueblo adora á los mártires.
Háblales de mi talento:
ensalza mis cualidades,
y mi honradez sobre todo:
ya sabes que soy un ángel.
Pero dejemos que vaya
el buen Lorenzo delante...
por ahora.
VICENTE. Bien, bien.
SOROLLA. Que arrostre
las primeras tempestades.
Asi un experto piloto
puede observar el semblante
del tiempo, y buscar el rumbo
que mas convenga á su nave.
VICENTE. Es verdad!
SOROLLA. Y como yo
soy de flexible carácter,
si él acierta, le acompaño:
si se estrella, rumbo aparte.
Entiendes?
VICENTE. Vaya si entiendo!
La verdad, eres buen sastre!.
SOROLLA. Te convengo?
VICENTE. Me convienes;
pero es preciso que ganes
la voluntad de la plebe.

SOROLLA. Qué quieres decir?
VICENTE. Que hables;
que grites, que esta es la mina
de mas de cuatro tunantes.
(Aparecen en la puerta de entrada Juan Lorenzo y Bernarda, rodeados de gente del pueblo, á quien Lorenzo dirige las primeras palabras.)

ESCENA III.

DICHOS, JUAN LORENZO y BERNARDA.

LOR. Nada! mientras haya asomos
de esperanza, calle el labio.
—Hoy va á servirnos tu agravio (A Bernarda.)
para saber lo que somos.
SOROLLA. Pero si con nueva afrenta
nos respondieran, primero
que sufriria...
LOR. No: yo espero
que han de darnos buena cuenta.
VICENTE. Ya verás.
SOROLLA. Sobre la ley
está el miedo.
VICENTE. Ya me abraso
de impaciencia.
LOR. En todo caso,
cerca tenemos al rey:
en Barcelona.
SOROLLA. Osarás
hablarle?
LOR. Tendré valor
para decirle: «¡señor!
tu pueblo no puede mas!
No quebranta tu obediencia
aunque justicia reclame,
ni al romper su yugo infame,
te desconoce Valencia;
pero quiere averiguar
en sus tormentos prolijos,
si no nos llamas tus hijos,

qué nombre nos quieres dar?»
SOROLLA. El de esclavos.
LOR. Es muy bravo
el corazon que sustento
para sufrir un momento,
ni la apariencia de esclavo.
Pero ese temor te engaña:
conoce el rey nuestra historia,
y sabe que no hay memoria
de tal oprobio en España.
Subamos: nuestra presencia
adviertan, y si es preciso,
sirva al tribunal de aviso
al pronunciar la sentencia.
(Suben todos por la escalera.)

ESCENA IV.

LA MARQUESA y FRANCIN. Vienen de la calle.

MARQ. Ha empezado ya, y me inquieta
esa pavorosa nube
de gentes del pueblo: sube
por la escalera secreta.
(Dando á Francin varios billetes.)
FRANCIN. Y por allí?
MARQ. Si te ven
esos bandidos feroces!...
—No, por acá: ya conoces...
FRANCIN. Á todos, señora. (Váse por la izquierda.)
MARQ. Bien.
—Temblando estoy: singular
pavor! yo no soy cobarde;
pero el belicoso alarde
del partido popular,
bien podrá hacer que se tuerza
la ley, que adversa ó propicia,
anda muy mal la justicia
donde amenaza la fuerza.

ESCENA V.

LA MARQUESA y EL CONDE. Este viene de la calle.

Marq. Félix! tú aquí! qué demencia!
quieres provocar las iras
del pueblo?
Conde. Dé qué te admiras?
vengo á saber mi sentencia.
Marq. Cuando te juzgaba oculto...
Conde. Por tan cobarde me tienes?
Marq. Tan leve es tu error que vienes
á remachar el insulto?
Conde. Si, hermana.
Marq. Y en qué ocasion
el disgusto has provocado!
Hallo al pueblo en un estado
de febril agitacion!
Conde. Clara! riñe lo que quieras:
cuanto me digas es poco;
mas lo cierto es que estoy loco.
Marq. Enamorado.
Conde. Y de veras.
Acostumbrado á vencer
y por condicion altivo,
me desespera el esquivo
desamor de esa mujer.
No diré que no me pesa
de haber provocado el lance;
pero mas siento el percance
de haber errado la empresa.
Dices que el pueblo por esto
se mueve; pero ello habia
de suceder algun dia:
ya estaba á hacerlo dispuesto.
Vendremos luego á las manos:
con eso aqui y en Castilla
se extirpará la semilla
que han sembrado los villanos.
Marq. Y si te condenan?
Conde. Calla!

no habrá, fuera cosa nueva!
letrado que á dar se atreva
la razon á la canalla.
Ya recordarán primero
que guardan nuestro decoro
en nuestras arcas el oro
y en nuestra cinta el acero.

MARQ. Es ese un error profundo
que nos traerá grandes males:
no son esos dos metales
únicos dueños del mundo,
ni tan inflexibles son
que otro poder no los tuerza.

CONDE. Y cuál es?

MARQ. Tiene mas fuerza
que el acero, la razon.

CONDE. Sin respeto, adios, poder!
y eso es lo que hay que lograr.

MARQ. Hagámonos respetar,
pero haciéndonos querer.

CONDE. El pueblo levanta el cuello
y el rigor es necesario,
y que no piense.

MARQ. Al contrario;
qué mal encuentras en ello?
Tanto mejor.

CONDE. No lo creas.
Obedezca por costumbre.
Le daña á la muchedumbre
el pasto de las ideas.
Si el rigor no es oportuno
yo no conozco otros modos...
—El dia en que piensen todos
no va á entenderse ninguno.
Y no tienes que cansarte;
que erremos ó que no erremos
nosotros siempre tenemos
la razon de nuestra parte.

MARQ. Mas si ante el pueblo este dia
los jueces muestran flaqueza...

CONDE. Se las ha con la nobleza
toda la chancilleria.

No hay sino las cuchilladas
para alcanzar estos fines:
veremos si los latines
pueden mas que las espadas.

MARQ. Lo mejor es al derecho
fiar nuestra causa.

CONDE. Andar
en súplicas?

MARQ. Si, y hablar
á los jueces, y eso he hecho.
He buscado tu salud,
más que en sangrientos azares,
de los mismos populares
en la soberbia actitud.
Hice ver que si al clamor
del pueblo irritado, cede
el juez, su sentencia puede
traducirse por temor.
Esto es lo mas eficaz,
hermano.

CONDE. Por vida mia!...

MARQ. Apela á la cortesia
y deja á la espada en paz.

CONDE. Me es imposible.

MARQ. Estás ciego,
y acaso tu mal te labras.

CONDE. No conozco las palabras
con que se envilece el ruego.
Pues que debo á la fortuna
los privilegios de hidalgo,
deja que los muestre: en algo
se ha de conocer la cuna.

MARQ. Quién viene?

ESCENA VI.

DICHOS y FRANCIN.

CONDE. Estás temerosa!

MARQ. Qué hay, Francin?

FRANCIN. Que se ha resuelto

el asunto.

MARQ. Cómo?

CONDE. Absuelto;
puedes pensar otra cosa?

FRANCIN. Os condenan...

CONDE. Tan osados
son, que nos buscan querella?

FRANCIN. Á pagar á la doncella...

CONDE. Cuánto?

FRANCIN. Quinientos ducados.

CONDE. Ya lo ves! (Á la marquesa.)

MARQ. Corre, Francin,
y á nuestros deudos avisa
del caso.

CONDE. No te des prisa:
ya esperaban ese fin.
(Váse Francin. Ruido por la escalera.)

MARQ. Oyes?

CONDE. Si: por la escalera
bajan ya.
(Se ve á Guillen Sorolla que baja por la escalera seguido de Juan Lorenzo, Bernarda, Vicente y pueblo.)

MARQ. Vamos adentro:
debes evitar su encuentro.

CONDE. Te juro que no quisiera. (Vánse por la derecha.)

ESCENA VII.

BERNARDA, JUAN LORENZO, SOROLLA, VICENTE y pueblo.

LOR. Ya lo veis, hermanos: no hay
insolencia mas enorme!
el tribunal nos ha dado
por libre y absuelto al conde.
Absuelto, sí! que estrechando
de la ley los horizontes,
cuando justicia pedimos
con oro se nos responde.
Bien hace el que nos agravia:
asi pueden esos nobles

tratarnos como á rebaño
de esclavos y galeotes.
Juguete de sus caprichos
deben ser, y este es el órden,
nuestro honor y nuestra vida,
únicas prendas del pobre.
Maldito desde ahora sea
quien busque bella consorte:
maldito el que de su seno
fruto codiciado logre;
que nace ya destinada
nuestra miserable prole,
las hembras para mancebas
y para esclavos los hombres.
Para dulce compañera
de vuestros castos amores,
ya lo sabeis desde ahora,
mas bella es la mas deforme.
Mujer á quien Dios otorga
entre sus preciados dones
la hermosura, es mucha prenda
para tan rústicos goces;
y cuando no os la arrebaten
del dia á los resplandores,
os la arrancarán del lecho
en la mitad de la noche.
—Qué es esto? nadie contesta?
adónde vamos? adónde?
posible es que todo un pueblo
sufra tantas sinrazones?
Cómo es, decid, que en la frente
de sus duros opresores
las cadenas que le infaman
desesperado no rompe?
Ea! sus! puesto que han sido
tanto tiempo nuestros cómitres,
restalle sobre su espalda
alguna vez el azote.
De otro modo, merecemos
que nuestras hembras deshonren;
que nuestra sangre derramen;
que insulten nuestros dolores.

SOROLLA. Habla, Lorenzo: qué quieres?
todos aqui te conocen;
todos te escuchan, latiendo
de rábia los corazones.
LOR. Qué quiero? si á esa pregunta
cada cual no se responde,
morir nada mas deseo.
Cuál es de mi afan el móvil?
SOROLLA. La venganza.
LOR. No, Sorolla!
libertad tiene por nombre:
aclamadla, y que del seno
de nuestras desdichas brote.
Acabe la inútil queja
y los cobardes clamores:
males que tanto lastiman
no se remedian con voces.
Cuando la justicia calla
y la razon se desoye,
la fuerza, Guillen! la fuerza
es el único resorte.
SOROLLA. Pero los medios?...
LOR. Los medios
aunque escondidos é informes
los da la naturaleza
y la industria los dispone.
Para el bisoño soldado
dan fortalezas los montes:
de hierro son nuestras rejas
y las campanas, de bronce.
Demos la señal, hermanos,
y enjambres de labradores
van á afilar el acero
de sus encorvadas hoces.
Unámonos, pues: hagamos
con inteligencia acorde
una hermandad de plebeyos,
y acábense los señores;
y ya que de la justicia
los fueros se desconocen,
y tienen lugar de leyes
glosas é interpretaciones,

nombremos quien la administre
con sola razon por norte:
por arbitrio de prudentes,
no por trampas de doctores.
Estos que deben poner
remedio á tanto desórden
han de ser trece, en memoria
de Cristo y de sus apóstoles.

SOROLLA. Cuenta conmigo.

LOR. Eso espero.
—Estamos todos conformes?

TODOS. Todos!

LOR. Bien: en la inmediata
cofradia de San Jorge
se haga la eleccion.

SOROLLA. Marchemos.

LOR. Guillen!...
(Estrechándole la mano y animándole con el ademan.)

SOROLLA. De mi cuenta corre.

LOR. Norabuena: yo entre tanto
voy á arrancar á esos hombres
la prueba del fallo injusto
que motiva mis rencores.
(Sube la escalera y desaparece.)

SOROLLA. (Ap. á Vicente.) Ves esa puerta, Vicente?

VICENTE. Qué quieres?

SOROLLA. Ahí está el conde.
Que no salga de la Audiencia:
guarda los alrededores.
(Sorolla, Vicente y el pueblo se van por la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

BERNARDA, luego la MARQUESA.

BERN. Y nada puedo! el agravio
es mio; mas si quisiera
perdonar, tal vez creyera
Juan... No! sellemos el labio.
—Ni aun me ha hablado! pondrá en duda

la fé que aquí se acrisola?
Supremo Dios...

MARQ. Esta sola. (Asomando.)

BERN. Tú lo sabes: tú me escuda.

MARQ. Bernarda.

BERN. Quién es?

MARQ. Qué! tanto
es tu enojo!... no lo creo!
qué te ha cegado?

BERN. No: os veo,
pero á través de mi llanto.

MARQ. Te duele lo que aqui pasa?

BERN. De ello mi pena os responde!

MARQ. Y perdonarás al conde?

BERN. Maldigo á mi suerte escasa!
No puedo, señora.

MARQ. Vas
á provocar con tu impia
crueldad...

BERN. La culpa no es mia.

MARQ. Sé generosa.

BERN. Jamás. (Haciéndose violencia.)
De mi rigor me avergüenzo:
soy muy cruel, ya lo sé;
mas si perdonara, qué
pensara de mí Lorenzo?

MARQ. Quizá en sus rencores locos
te imbuirá temerario.

BERN. Qué! no, señora! al contrario:
si es muy bueno! como hay pocos.

MARQ. La Audiencia tiene cercada
esa multitud bravia:
intercede...

BERN. Bien querria:
pero si no puedo nada!

MARQ. Público fué tu desden,
y asi el perdon te enaltece.

BERN. No sé; pero me parece
que no me estuviera bien.

MARQ. No daña el amante arrojo,
cuando halla noble defensa.

BERN. No, si mi mayor ofensa

es de Lorenzo el enojo.

MARQ. Es acaso algun tirano
contigo?

BERN. Vaya una idea!
Mas no quiero que me crea
prendada de vuestro hermano.

MARQ. Ya!

(La marquesa la mira con intencion: Bernarda baja los ojos.)

BERN. No vayais á pensar
por el afan que me tomo,
que yo... qué! ni por asomo!
Vaya!

MARQ. Lo puedes jurar?

BERN. Lo que es á eso no me atrevo.

MARQ. Prendió de amor la centella...

BERN. ¿Qué estais diciendo?

MARQ. Eres bella,
y él cariñoso y mancebo.

BERN. Me está sofocando adrede.

MARQ. No fuera tanta locura.
Confiésalo.

BERN. Por ventura
sé yo lo que me sucede?

MARQ. Mujeres somos las dos.
Si él te quisiera, hija mia,
le amaras?

BERN. No pediria
más felicidad á Dios.

MARQ. Tal vez yo te desperté;
acaso sabes ahora
que le amas.

BERN. Ay! no, señora!
hace tiempo que lo sé.
Mas de mi secreto, avara,
aqui guardado le dejo.
Pues si me miro al espejo
y me lo niego en mi cara!

MARQ. Y á él lo ocultarás?

BERN. De modo
que...

MARQ. Sigue.

BERN. Ni aun lo barrunta;
pero si él me lo pregunta,
la verdad antes que todo.
MARQ. Aqui viene.
(Viendo á Lorenzo, que baja por la escalera.)

ESCENA IX.

DICHOS, y JUAN LORENZO.

BERN. Por Dios vivo
no sepa...
MARQ. (Cuánto le adora!)
LOR. Qué buscais aqui, señora?
MARQ. Quieres saber el motivo?
Sé que tienes en tu mano
mi paz.
LOR. Decis que yo tengo...
MARQ. Mi tranquilidad, y vengo
por el perdon de mi hermano.
LOR. No creo que os ha de costar
conseguirlo, mucha pena:
Bernarda es buena.
MARQ. Muy buena;
mas se niega á perdonar.
LOR. Está airada?
MARQ. No está airada
ni al conde profesa encono;
mas para decir, «perdono»
tiene una razon sagrada.
LOR. Cüal?
MARQ. Con el temor se escuda
de que cómplice la crea
tal vez...
LOR. Nadie habrá que sea
capaz de abrigar tal duda;
y si alguno en tal desliz
diere, tiene adelantado
bastante para malvado
y mucho para infeliz.
BERN. Lo oís?
LOR. Y ó yo le convenzo

ó se las habrá conmigo.

MARQ. Bien, Lorenzo!

BERN. Cuando os digo
(Ap. á la marquesa.)
que hay pocos como Lorenzo!

LOR. Que esa sospecha bastarda
no te ocupe un solo instante.
Si yo creo en tí!

MARQ. Bastante
tiene con eso Bernarda.
Su cariño galardona; (Al oido á Lorenzo.)
no le digas nada mas
que un «yo te quiero!» y verás
que fácilmente perdona.

LOR. Qué quereis decirme?

MARQ. Mira
el rubor que hasta su frente
sube; el latido frecuente
del corazon que suspira,
y si tiene ese tesoro
un valor en tu esperanza...

LOR. Oh! sí!

MARQ. Intercede y alcanza
y dame el perdon que imploro.

LOR. Es cierto?...

MARQ. No hay mas que ver
su rostro.

LOR. No es un capricho?...

BERN. (Me miran: algo le ha dicho.
Qué buena es esta mujer!)

MARQ. Sondea su corazon,
y adios.

LOR. Adios! Si eso es cierto,
qué mundos habreis abierto
á mi amorosa ambicion!
(Váse la marquesa por la izquierda· Bernarda queda confusa y con los ojos bajos: luego hace ad man de marcharse.)

ESCENA X.

BERNARDA, LORENZO.

LOR. Te vas?
BERN. Qué quieres?
LOR. Espera:
tengo que hablarte un momento.
Manifestarte quisiera...
(Voy á apretar el tormento
y á hacer la prueba postrera.)
BERN. Qué es ello?
LOR. Ocupado estoy
con cierta perplejidad.
Perdóname si te doy
este pesar; pero voy
á decirte la verdad.
Me han enseñado cuán poco
valen las dichas terrenas,
los desengaños que toco.
No es verdad que he sido un loco
en correr tras de mis penas?
BERN. Qué quieres decir?
LOR. No es cierto
que esta vida es un desierto
para mí, triste, infecundo?
no es verdad, di, que está muerto
quien vive solo en el mundo?
BERN. Solo?
LOR. Sentirás mañana
tu pecho de amor herido.
(Movimiento de Bernarda.)
—Es la condicion humana.
—Tú ganarás un marido
y yo perderé una hermana.
BERN. Yo, nunca...
LOR. Qué insensatez!
—Y antes que de la vejez
sienta el peso, me resuelvo...
BERN. Eso es decir...
LOR. Que me vuelvo

á mi convento otra vez.
BERN. Qué mas, Lorenzo?
LOR. Y curado
de mi ciego desvario
y solo á Dios consagrado... (Pausa.)
—Qué dices?
BERN. Has acabado?
LOR. Sí tal.
BERN. Pobre hermano mio! (Sonriéndose.)
LOR. Te ries?
BERN. Caso es de risa.
LOR. Por qué?
BERN. Porque se va á ir
al infierno á toda prisa
el que no oyere otra misa
que la que tú has de decir.
LOR. Pero...
BERN. No apruebo ese paso.
LOR. Pues ello alguno hay que dar.
BERN. (Ya en impaciencia me abraso.)
LOR. Y qué dirás si me caso?
BERN. (Por fin, empiezas á hablar.)
Digo que será bien hecho:
á casarse, y buen provecho.
LOR. Me lo apruebas?
BERN. Por qué no?
vaya! (Como que sospecho
que la esposa he de ser yo.)
LOR. Bernarda mia! levanta
los ojos: la paz recobra
y tu silencio quebranta:
mira que aun tiemblo, y es tanta
y tan negra mi zozobra!
Habla, y dí que no ha mentido
la que toda una existencia
de dichas me ha prometido.
Está mi pecho oprimido
esperando tu sentencia.
Llena mi alma de contento,
Bernarda! me quieres, dí?
BERN. Es tanto el placer que siento,
que apenas me deja aliento

para decirte que sí.

LOR. Feliz quien debe á tu fé
tal dicha, y tantas aguarda!
—Cómo esta gloria alcancé?
qué hallaste en mí? cómo fué
que te merecí, Bernarda?

BERN. Qué he hallado? tu condicion
honrada, que es tu blason,
tu riqueza y tu abolengo.

LOR. Siendo asi, desde hoy me tengo
en mayor estimacion.

BERN. Lorenzo!

LOR. Y si injusta fueres,
qué me importa, si te escucho
que á los demas me prefieres?
pensaré que valgo mucho
solo porque tú me quieres.
Bien mio!

BERN. Llámame hermana.

LOR. Y esposa?

BERN. De buena gana...
mas no lo soy todavia.

LOR. Cuándo llegará ese dia?

BERN. No tengo prisa: mañana.

LOR. Hay ser mas afortunado!
Y tendrás por buena suerte
el vivir siempre á mi lado?

BERN. Pues no, si lo he deseado
aun antes de conocerte?

LOR Si? cómo es eso?

BERN. Este anhelo
antiguo es ya, no lo dudes!
tu madre que está en el cielo
en tí me pintó un modelo
de cariño y de virtudes.
Yo la oia, y de manera
perdí de mi alma el reposo,
sin que evitarlo quisiera,
que me decia: «Quién fuera
la esposa de tal esposo!
pero él con cilicio duro
tal vez su carne lastima.

huyendo del mundo impuro:
mejor que esta vida, estima
la vida del claustro oscuro.»
Y era tal mi devaneo,
que me apretaba el cilicio
que al fin quedó sin empleo,
y me quejaba.—Ahora veo
que me quejaba de vicio.
—Yo me decia, entre tanto
que en amoroso descuido
me abandonaba á este encanto:
«Cómo ha de ser mi marido
si es poco menos que santo?»
Viniste y cambié de idea,
que ni esa fama mereces
ni mi amor te la desea,
y asi dije muchas veces:
«Santo? para el que te crea!»

ESCENA XI.

DICHOS y SOROLLA, que sale apresurado.

SOROLLA. Ya tenemos germania,
Lorenzo.
LOR. Cómo? (Mirándole como distraido.)
SOROLLA. Bien puedes
decir que el pueblo te adora.
Mas qué haces aqui? tú eres
uno de los elegidos
para el gobierno.—Qué tienes?
LOR. Elegido? (Lo mismo.)
SOROLLA. Y el primero.
Tú y yo somos de los trece.
El bien público reclama
nuestra presencia: no vienes?
BERN. Qué vas á hacer?
LOR. Pues lo dudas?
á cumplir con mis deberes.
BERN. (Bien dije yo: no podia
durarme tan buena suerte.)
SOROLLA. Hay mas: para hacer al rey

nuestra justicia presente
y evitar que se nos crea
á su autoridad rebeldes,
se ha nombrado una embajada.

SOROLLA. Y él tambien?...

BERN. Qué duda tiene?

BERN. (Adios, mi boda!)

SOROLLA. Y Juan Caro,
que para la marcha ofrece
mil ducados: y Juan Coll,
y yo.

LOR. Pero es tan urgente...

SOROLLA. Esta noche partiremos:
hoy preparada en el muelle
del Grao quedará la nave,
y los momentos son breves.
—Ea! por qué estás remiso?

LOR. Quién? yo remiso?

SOROLLA. Prevente.

BERN. No le oigas, Juan. (Al oido de Lorenzo.)

SOROLLA. Yo esperaba
encontrarte mas alegre.

LOR. No lo extrañes: para el pobre
Juan Lorenzo, es muy solemne
este momento. Por fin
la semilla prevalece!
Y soy yo quien fecundando
de su pensamiento el gérmen,
la obra santa de Cisneros
voy á realizar en breve.
En un dia, en una hora,
en instantes solamente
el apetecido fruto
lozano se me aparece.
La idea que acariciaba
con esperanza impaciente
ha tomado forma y vida.

BERN. (No me quiere! no me quiere!)

LOR. Y en qué momento, Bernarda!
tú sola decirlo puedes:
como las desgracias, juntas
las felicidades vienen.

—Pero, estás llorosa!
BERN. (Siento
los terrores de la muerte.)
LOR. Grande es nuestra empresa! hacer
á tantos peligros frente,
y alcanzar la redencion
para un pueblo que padece.
Iremos allá: conozca
el que sustenta en sus sienes
la corona que ilumina
la nueva luz de Occidente,
que hombres somos y no esclavos;
y esto envanecerle debe;
que en los pueblos se refleja
la dignidad de sus reyes.
VICENTE. Ahí estan los gremios: todos (Saliendo.)
á felicitarte vienen.
LOR. Dia feliz! tú en la historia
vas á quedar para siempre.

ESCENA XII.

Los de la escena anterior, VICENTE, y los agermanados en grupos que representan los gremios de los diferentes oficios, llevando cada uno al frente su estandarte.

LOR. Hermanos mios! el gozo
me inunda! ya os considero
libres, como el prisionero
que rompe su calabozo.
Si era fuerte, la ocasion
que han dado nuestros tiranos
prestó fuerza á nuestras manos,
y espíritu al corazon.
—Ya lo habeis visto: con oro
el tribunal nos contenta:
tarifa poner intenta
sin duda á nuestro decoro,
y en ella, eso debe ser,
á las mujeres previene
el precio que su honor tiene
si es plebeya la mujer.
Mas por qué opuestas razones,

ayer, estando á lo escrito,
falló por igual delito
la muerte de Gil Quiñones?
Un grito lanzó Valencia
al saber esta noticia,
rechazando la injusticia
de la desigual sentencia.
Por eso acuden armadas
las hermandades: por eso
se os hace ligero el peso
de las cortantes espadas.
Por eso el pueblo este dia
por su libertad se atreve
á tanto, y jura la plebe
guardar esta germania.
Asi y no mas se responde
á necesidad tan alta.

SOROLLA. Es verdad: pero aun nos falta
juzgar otra vez al conde.

LOR. Dices bien: que la ley hable.

SOROLLA. Y hablará, que á eso aspiramos
todos.

TODOS. Todos.

LOR. Bien: hagamos
comparecer al culpable.
Pero justicia se hará,
y nada mas: os lo aviso.
Buscadle, pues.

SOROLLA. No es preciso.

LOR. Por qué?

SOROLLA. Yo sé donde está.

ESCENA XIII.

DICHOS, el CONDE y la MARQUESA, por la izquierda.

CONDE. Qué quereis?

LOR. Lo diré en breve.
—Hoy se cierra este mercado
de jueces: ya se ha agotado
la paciencia de la plebe;
y al ver tanta iniquidad

y de crímenes tal copia,
quiere á su justicia propia
fiar su seguridad.

TODOS. Si!

LOR. Y el pueblo valenciano,
sacudiendo su apatia,
se ha dado en este gran dia
un gobierno de su mano.

CONDE. Cómo! un gobierno!

MARQ. Es posible!
el pueblo...
(La Marquesa se dirige á Bernarda con ademan suplicante y le habla aparte.)

CONDE. Qué inícua trama!

LOR. Él, de su justicia os llama
al tribunal inflexible;
y allí, no como otras veces,
tendrán desde este momento
nuestras leyes cumplimiento
y seguridad los jueces.

BERN. Esperad: pues soy yo aqui,
y en este conflicto extremo
la agraviada, y ya no temo
que se sospeche de mí,
sin cólera, sin encono,
del conde el insulto olvido.

SOROLLA. Pero, Bernarda...

BERN. Yo he sido
la agraviada, y le perdono.

LOR. Bien, hermana!

SOROLLA. Sella el labio.

LOR. Guillen!

SOROLLA. Con razon arguyo.
No es ya solamente suyo:
es de todos el agravio.
Sí, con su conducta aleve,
ese infame, ese atrevido
raptor, tambien ha escupido
á la cara de la plebe.
(Murmullos de aprobacion.)

LOR. Perdona, sí! y no repares (Á Bernarda.)
en mas; que es de buen agüero

que al romper un pueblo entero
sus cadenas seculares,
ese rasgo de piedad,
realzando la santa idea,
el acto primero sea
que anuncie su libertad.
—Salid, conde.

SOROLLA. Quede preso.

LOR. Guillen!

SOROLLA. Tu accion es honrada; (Á Bernarda.)
mas la justicia agraviada
no se contenta con eso.
Pues si á perdonar nos damos,
lo que ellos jamás han hecho,
no perderán el derecho
á llamarse nuestros amos.
(Aprobacion de los agermanados.)
—Yo de la justicia invoco
el santo fuero.

CONDE. Insolente!

LOR. Sorolla!

SOROLLA. Tengo presente
lo que tú has dicho hace poco.
De este caso desdichado
deja que su infamia brote.
Volvámosles el azote
con que nos han deshonrado.

TODOS. Si!

MARQ. Villano!

CONDE. Hermana mia!

MARQ. Villano!

SOROLLA. El nombre me place!

CONDE. El miedo es el que te hace
hablar con tanta osadia.

SOROLLA. Se acabó el temor: la suerte
se ha trocado de esta hecha.

CONDE. Pues la ocasion aprovecha:
mi libertad es tu muerte.

SOROLLA. Ya lo ois: aun hace alarde
de su audacia; no oyes, Juan?

VICENTE. Guillen, disimula: van (Ap. á Sorolla.)
á tenerte por cobarde.

SOROLLA. Porque otra cosa no crea,
sométase como debe
al tribunal de la plebe,
y hoy salga libre.
MARQ. Bien: sea.
CONDE. Yo?...
MARQ. Silencio, hermano mio.
SOROLLA. Mas decid, quién nos responde,
quién asegura que el conde
no huirá?
MARQ. Yo te lo fio.
LOR. Y yo, trece de Valencia,
yo con cuanto tengo y valgo
respondo de que ese hidalgo
vendrá á escuchar su sentencia.
CONDE. Mas sin acatarla.
SOROLLA. Ois?
quién esa audacia soporta?
LOR. Sin acatarla: qué importa?
nos basta si la sufris.
CONDE. Gracias, y adios. (Váse con la Marquesa.)

ESCENA XIV.

DICHOS, menos el CONDE y la MARQUESA.

SOROLLA. (Desde hoy mas,
una vez lanzado el guante,
te juro que iré adelante
(Mirando á Lorenzo de reojo.)
si te quedares atrás.)
LOR. Vienes?
SOROLLA. Perdon si atrevido
mi afecto en dureza trueco;
pero en este caso, el eco
del pueblo irritado he sido.
LOR. De mi piedad no te asombres.
SOROLLA. No? pues algo significa.
LOR. Que la dicha dulcifica
las pasiones de los hombres.
Pero mi opinion no debe
prevalecer: bien has dicho.

Primero que mi capricho
es la razon de la plebe.

SOROLLA. Cierto.

LOR. Y tú mereces ser
de sus destinos custodio,
si es la justicia y no el odio
quien te hace asi proceder.

SOROLLA. La justicia y nada mas:
te lo juro.

LOR. De esa suerte,
yo me ofrezco á obedecerte
si es preciso.

SOROLLA. Eso, jamás.
—No! no! ser tu igual prefiero...
y tu amigo. (Alargándole la mano.)

LOR. Eso te abona.

BERN. (Traidor!)

LOR. Ahora, á Barcelona
á hablar á Cárlos primero.

SOROLLA. Lorenzo! estás animoso!

LOR. Te admiras? pues qué creias?
Hablo yo todos los dias
á otro rey mas poderoso. (Señalando al cielo)
(Vánse los dos con las manos enlazadas: Bernarda los sigue con muestras de abatimiento. Los agermanados les abren paso y los saludan con respeto.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

SOROLLA y VICENTE, por la puerta de la derecha.

VICENTE. Te digo que entró.
SOROLLA. Y está
en la casa?
VICENTE. No quisiera
mentir; pero me he plantado
desde entonces á esa puerta,
y no le he visto salir.
SOROLLA. Y era Francin?
VICENTE. Francin era.
SOROLLA. Y qué piensas de eso?
VICENTE. Tengo
por acá cierta sospecha.
SOROLLA. Sospecha de quién? presumes
que Bernarda...
VICENTE. Quién se acuerda
de Bernarda? Juan Lorenzo
es el que nos interesa.
SOROLLA. Ya! con que es de él.
VICENTE. Hace dias
que ando escamado: el que crea
pegármela...

SOROLLA. Pero tienes
dudas...
VICENTE. No: casi evidencia.
Vé juntando cabos: él
nos ha metido en la gresca
con un objeto: igualar
la plebe con la nobleza.
Este afan, que en un hidalgo
digno de alabanza fuera,
en él no es sino ambicion.
SOROLLA. Quizás.
VICENTE. No hay que darle vueltas.
Él dijo, seamos iguales,
que es como si se dijera,
seamos todos caballeros,
y ricos á buena cuenta.
Se vé en Bernarda agraviado,
y á vengar aquella ofensa
nos llama: como que estaba
toda la masa dispuesta;
y cuando el pueblo creia
que iba á estallar la tormenta
de su indignacion, se calma
y nuestras manos sujeta.
Salva al traidor, y lo fia
con su persona y su hacienda.
—Di; qué le habrán prometido?
SOROLLA. Baja la voz: si te oyera...
VICENTE. Es que vengo ya dispuesto
á hablar claro: de esta hecha
hemos de ver lo que puede
un albardero.
SOROLLA. Qué intentas?
VICENTE. Juan Lorenzo no es el hombre
que nos conviene.
SOROLLA. Eso piensas?
pues quién es el que ha empeñado
á la plebe en esta empresa?
VICENTE. Él.
SOROLLA. Quién tiene para el caso
mayor prestigio y mas fuerza?
VICENTE. Tú.

SOROLLA. Te burlas?
VICENTE. Has ganado
mucho terreno en tu ausencia.
Ya verás.
SOROLLA. Pero Juan manda
en los gremios.
VICENTE. Norabuena;
no se reduce á los gremios
la poblacion de Valencia.
Al rumor de estos trastornos
y novedades, empieza
á acudir á la ciudad
mucha gente forastera,
animosa, levantisca
y á cualquier lance resuelta.
Á estos llaman desmandados,
porque no tienen bandera
hasta hoy: viven como pueden,
y trabajan por su cuenta.
SOROLLA. Esa es la chusma.
VICENTE. Esa chusma
necesita una cabeza
y tú debes serlo: entiendes?
SOROLLA. Entiendo: me lisonjeas.
VICENTE. Gracias á mí, ya hace dias
estás bien quisto con ella.
SOROLLA. Eso no es malo.
VICENTE. Y conocen
una por una tus prendas.
—Te conviene?...
SOROLLA. Ya veremos.
VICENTE. Si ó no: decídete.
SOROLLA. Deja...
—Hablemos con Juan: sepamos
si es que á seguirnos se niega.
VICENTE. Se negará si Bernarda
lo exige.
SOROLLA. Pues le gobierna?
VICENTE. Quien le hace entrar en la santa
hermandad de la paciencia...
SOROLLA. Qué quieres decir?
VICENTE. No sabes

que hoy mismo van á la iglesia?

SOROLLA. Bernarda?

VICENTE. Con Juan Lorenzo.

SOROLLA. Se casan!

VICENTE. Si.

SOROLLA. Te chanceas.

VICENTE. Es la verdad.

SOROLLA. Me ha engañado!
Estos los hermanos eran!

VICENTE. Si; hermano!

SOROLLA. Hipócrita, infame!

VICENTE. Te decides?...

SOROLLA. Por la guerra.
Tarde ó temprano, ello habia
de suceder: pues bien, sea!
Adelante! estoy resuelto.

VICENTE. Bien!

SOROLLA. Aunque todo se pierda.

VICENTE. En ganándonos nosotros...

SOROLLA. Si, si; pero antes es fuerza
desprestigiarle, y que el pueblo
clara su inconstancia vea.
Esperemos la ocasion
que ha de darnos la sentencia
contra el conde: es natural
que Lorenzo le defienda.
Si hoy es querido, pongamos
sus sentimientos á prueba
y es hombre al agua. Yo debo
ser fuerte con su flaqueza.

VICENTE. Y si por ventura el conde
no cumpliere su promesa,
pues hay alguien que asegura
qué está ausente de Valencia?

SOROLLA. Si es asi, la perdicion
del pobre Lorenzo es cierta.

VICENTE. Cierta; irremediable: él debe
responder con su cabeza.

SOROLLA. No tanto.

VICENTE. Pues le defiendes?

SOROLLA. Que viva: de esta manera
se gastará la aficion

que aun el pueblo le profesa.
Hay muchos hombres que en vida
el mundo no considera,
que nada son, y con solo
morir á tiempo, interesan.
Y yo no sé por qué, creo
que si Lorenzo muriera
por esta ocasion, la plebe
daba de nosotros cuenta.

VICENTE. Viva, pues.

SOROLLA. Si, pero viva
para presenciar su mengua
y mi triunfo.

VICENTE. Ese es seguro.

SOROLLA. La mejor venganza es esta.

VICENTE. Y entre tanto?

SOROLLA. Nuestra lucha
ha de ser igual, artera,
hipócrita: él da el ejemplo.

VICENTE. Es verdad.

SOROLLA. No tendrá queja.

ESCENA II.

DICHOS y FRANCIN, que viene del interior de la casa.

VICENTE. Alguien viene.

SOROLLA. Quién?

VICENTE. Francin.
—Muy buenos dias.

FRANCIN. Felices;
héroe del pueblo.

VICENTE. Lo dices
eso con un retintin...

FRANCIN. No, Vicente; no hay malicia
en mis palabras.

VICENTE. Te entiendo:
lo dices porque defiendo
los fueros de la justicia.

FRANCIN. Ni te insulto ni provoco,
y la causa es harto leve.

Yo tambien soy de la plebe.
VICENTE. De la plebe? poco á poco.
FRANCIN. Y tu igual.
VICENTE. Quien tiene dueño
que le castigue y le mande,
á otro conoce por grande
y se confiesa pequeño.
FRANCIN. Pequeño soy, es verdad;
y tú y todo.
VICENTE. Error profundo!
—Pero ya brilla en el mundo
el sol de la libertad,
y no osará, cuando vibre
de su indignacion el rayo,
medirse un pobre lacayo
con un ciudadano libre.
FRANCIN. De la igualdad que proclamas
invocaré el santo nombre.
SOROLLA. Un lacayo no es un hombre.
FRANCIN. Pues dime; cómo le llamas?
SOROLLA. Quien tiene la servidumbre
por honrada ocupacion...
FRANCIN. Me es forzoso.
SOROLLA. La razon?
FRANCIN. El deber.
VICENTE. Dí, la costumbre.
FRANCIN. Tengo señor tan humano
que no solo no me ofende,
sino que á mi bien atiende
con larga y pródiga mano.
Fuera enojoso y prolijo
contaros por qué le quiero:
fuí de su padre escudero
y me encomendó á su hijo;
y en fin, tengo contraida
obligacion tan forzosa,
tal, que no hiciera gran cosa
en pagarle con la vida.
SOROLLA. Nas no tienes albedrio.
FRANCIN. No esperes que yo te arguya.
Tal vez la razon es tuya;
yo hablo de un deber que es mio.

Si en tu conducta hay virtud,
yo tengo con mis señores
deudas de antíguos favores
que merecen gratitud.

SOROLLA. Pero ese innoble servicio
es bajo.

FRANCIN. Cómo ha de ser!
Basta ya. (Hace que se va.)

VICENTE. Te voy á hacer
un regalo... de mi oficio.

ESCENA III.

DICHOS y BERNARDA.

BERN. Francin! qué es esto?

FRANCIN. No es nada.

BERN. Pensé oir...

FRANCIN. Adios, señora. (Váse.)

SOROLLA. Y Juan?

BERN. Reposa.

SOROLLA. Á esta hora?

BERN. Le fatigó la jornada.

SOROLLA. Eso será. (Con malicia.)

BERN. Quiera Dios
que no minen su existencia...

SOROLLA. Ya has visto qué diferencia (Á Vicente.)
tan grande hay entre los dos.
Presto en su triunfo se engrie,
él, mi maestro y modelo:
mientras él duerme, yo velo;
yo sufro, mientras él rie.
(Á Bernarda con intencion.)
—Llámale.

BERN. Á qué es ese afan?

SOROLLA. Ó lo sentirás despues.

BERN. Por qué?

SOROLLA. Bajo nuestros pies
está rugiendo un volcan.
Él, que presume de diestro,
junto al riesgo se adormece.
El discípulo parece

que deja atrás al maestro.
BERN. Pues qué hay?
SOROLLA. Las desdichas todas
se agolpan: al riesgo acuda.
BERN. Desdichas!
SOROLLA. Vienen sin duda
á festejar vuestras bodas.
BERN. No hables asi.
SOROLLA. Conque es cierto!
tienes marido...
BERN. Y honrado.
SOROLLA. Mas por qué me has ocultado
vuestro amoroso concierto?
BERN. Basta, Sorolla: no empieces...
SOROLLA. Grande amor por él animas
si tanto á Lorenzo estimas
como á Sorolla aborreces.
Oh! pero aun no me conoces.
BERN. Ó calla, ó sal de esta casa.
SOROLLA. Busco á Lorenzo.

ESCENA IV.

DICHOS y LORENZO.

LOR. Qué pasa?
SOROLLA. Soy yo.
LOR. Por qué dabais voces?
SOROLLA. Te traigo nuevas que á fé
que han de probar tu paciencia.
Hay grande mal en Valencia.
LOR. Explícate.
SOROLLA. Asi lo haré.
—Siguiendo las impulsiones
(Con disimulada ironia.)
de tu corazon sincero,
tú has sido el móvil primero
de nuestras alteraciones.
En muestra de gratitud
su jefe el pueblo te aclama,
y esta obligacion te llama
á velar por su salud.

Á Cárlos fuimos á ver
dóciles á tus consejos,
y entre aplausos y festejos
volvimos al Grao ayer.
Fruto fué de esta embajada,
logrado en término breve,
la libertad de la plebe
por el rey autorizada.
Con tu victoria orgulloso
al término ansiado llegas,
—tal lo pensaste!—y te entregas
incautamente al reposo;
pero yo que en este empeño
me encuentro mas prevenido,
pobre insensato!—he venido
á arrancarte de tu sueño.

LOR. Qué es ello?

SOROLLA. Que la nobleza
con el rey se confabula;
que la concesion es nula:
que se desdice su alteza.

LOR. Es posible!

SOROLLA. Y está el fuero
de don Pedro, revocado.
Ya no puede ser jurado
quien no fuere caballero.

LOR. Protestaremos.

SOROLLA. Qué importa
el ruego? qué la amenaza?
sepa una vez esa raza
que nuestra paciencia es corta.

LOR. Protestaremos, te digo:
esto es lo que hoy nos conviene.
Guillen! la prudencia tiene
al celo por enemigo.

VICENTE. (Ves si su intencion penetro?) (Ap. á Guillen.)

LOR. Hagamos ver al monarca
que si en sus manos abarca
de entrambos mundos el cetro;
que si brilla siempre el sol
en su imperio dilatado,
la sangre que lo ha ganado

es la del pueblo español.
Si la nobleza por ley
es de su trono sustento,
la plebe es el fundamento
de la nobleza y del rey.
Segun que goza ó padece
frutos ó espinas le manda,
y mas rinde al que la agranda
que no al que la empequeñece.
Cierto de su amor leal
reinará sin sobresalto,
y en fin, se verá tan alto
cuanto suba el pedestal.

SOROLLA. Como esta ocasion no hay dos.

LOR. No hablemos de eso, te ruego.

SOROLLA. Aprovechémosla, y luego,
ya que nos la ofrece Dios.

LOR. Pero en fin, cuál es tu idea?

SOROLLA. Fundemos nuestro dominio
sobre el total esterminio
de esa pérfida ralea.

LOR. Para eso invocas el nombre
de Dios?

SOROLLA. Pues no?

LOR. Sacrilegio!
Guillen! mata al privilegio,
pero no toques al hombre.

SOROLLA. Qué otro recurso hallarás?

VICENTE. Sufrir.

LOR. De eso no se trate.
Que nos llamen al combate:
suene el clarin y verás.

SOROLLA. Pues de hacer esa experiencia
tambien ha llegado el dia.

LOR. Cómo?

SOROLLA. El duque de Gandia
está ya sobre Valencia.

LOR. En son de guerra?

VICENTE. Está claro.

LOR. Si viene con ese intento,
hagamos por que al momento
le salga al paso Juan Caro.

SOROLLA. No es mejor, ya que estos males
ha de curar el acero,
segar este semillero
de enemigos naturales?
Fiar quieres al azar
nuestra fortuna?

BERN. (Villano!)

SOROLLA. Lo que se tiene en la mano
no se pretende ganar.

VICENTE. Y tiene razon Guillen.

LOR. Ese es tambien tu deseo?

VICENTE. Yo. . yo no sé; pero creo...

LOR. Qué?

VICENTE. Que esto no marcha bien.
Ya se cansa la paciencia
de ver que siendo los amos...
Vamos á ver! cuándo echamos
á los nobles de Valencia?

LOR. Tú tambien?

VICENTE. Hasta ese dia
no habrá libertad ni fueros.
Plebeyos y caballeros
hacen mala compañia.
No ha de costarnos trabajo
dar á esa raza opresora
una buena leccion, ahora
que los tenemos debajo.
Se puede? aqui que no peco.
No digo bien?

LOR. Inocente!
no te hagas, pobre Vicente,
de esas doctrinas el eco.

VICENTE. Mientras tenga autoridad
esa gente, mucho dudo
que logre el pueblo menudo
descanso ni libertad.
La prueba es lo que me pasa:
porque desde larga fecha
debo la renta, se me echa
á la fuerza de mi casa;
y de mi entusiasmo en premio,
un jurado de la plebe

á reclamarme se atreve
la contribucion del gremio.
LOR. Y qué?
VICENTE. Ya ves que á este paso
volvemos á lo de ayer.
—Pregunto: qué debo hacer
en uno y en otro caso?
LOR. Obedecer y pagar.
VICENTE. Es decir, que, chico ó grande,
quien nos pida y quien nos mande
nunca nos han de faltar?
LOR. Nunca.
BERN. Ves qué sencillez?
VICENTE. Pues, Lorenzo, si eso pasa
mejor me estoy en mi casa.
Ya lo sé para otra vez.
LOR. Parece que me amenazas.
VICENTE. Yo... no.
LOR. Pues qué significa?...
VICENTE. Otra cosa se predica
en las calles y en las plazas.
LOR. Has visto qué rumbo extraño?... (Á Bernarda.)
VICENTE. Pues dicen, y yo el primero;
«Pues que les sirve el dinero
para hacer al pueblo daño,
y esa gente trae encendida
de la discordia la llama,
el bien público reclama
que se tome una medida.»
LOR. Y esa medida, cuál es?
VICENTE. Toma! que hagamos de modo
que no perjudiquen.
LOR. Todo
por el público interés.
—Eso está con la razon,
y con la justicia en lucha.
VICENTE. Pues no falta quien lo escucha
y con cierta devocion.
LOR. Solo á tu imbecilidad
tolero...
VICENTE. No lo disputo.
Lorenzo: yo seré un bruto;

pero estoy por la igualdad.

LOR. Cuando harto ya de sufrir
alcé esta santa bandera,
pensé que solo tuviera
malvados que combatir:
conté con su ceguedad
para probar mi constancia;
pero no con la ignorancia,
mas ciega que la maldad.

BERN. Ves? (Ap. á Lorenzo.)

LOR. Y esa será mi cruz.

SOROLLA. La ignorancia! eso te asombra?

LOR. Sí, que esa es la única sombra
que se resiste á la luz.
Ya sé que no le hacen mella
la verdad ni el sentimiento.
Cuánto noble pensamiento
morirá embotado en ella!
Ya del mio la virtud
con el objeto se vicia:
si nos falta la justicia,
qué mayor esclavitud? (Cayendo en un sillon.)

BERN. (Qué pálido está!) Te sientes
mal?

LOR. Dejadme, desdichados!

BERN. Idos.

VICENTE. Estamos medrados
si verdades no consientes.

SOROLLA. Oh! no le irrites: ignoras
que de su mal la violencia
puede?...

LOR. Ya sé que la ciencia
tiene contadas mis horas.

SOROLLA. No! no es decir...

LOR. Sí, por Cristo;
mas vosotros... (En tono irritado.)

BERN. Mira! advierte...

LOR. Quereis abreviar mi muerte.

SOROLLA. Adios.

VICENTE. No quiere: está visto. (Ap. á Sorolla.)

ESCENA V.

BERNARDA y LORENZO.

BERN. Cálmate.
LOR. (Me ha afligido este debate.)
BERN. Qué es eso?
LOR. Un desaliento repentino:
un malestar que mi firmeza abate.
BERN. Sin duda es el cansancio del camino.
—No has reposado?
LOR. No: largo y penoso
el tiempo ha sido.
BERN. El sueño...
LOR. Con empeño
en él busqué el reposo.
BERN. Y no lograste?...
LOR. Si; pero qué sueño!
BERN. Despues de tanto afan, no es maravilla,
y perderás la calma.
LOR. Oh! y aun despierto ya, siento en el alma
el horror de mi negra pesadilla.
BERN. La recuerdas tal vez?
LOR. Distintamente.
Tal fué su intensidad, que aun ahora creo
la siniestra vision tener presente.
BERN. No me lo contarás?
LOR. Si es tu deseo...
BERN. Dí.
LOR. Ya el naciente resplandor del dia
comenzaba á alumbrar en mi aposento,
y aun de las olas de la mar, sentia
mi sangre el perezoso movimiento.
Me abandonaba mi razon, inerte;
cerrábanse mis párpados: á poco
la ténue luz del alba se convierte
de vivo rayo en penetrante foco,
y libre ya de aquella pesadumbre
abarcaba mi vista un encantado
rico paĭs, por la esplendente lumbre
de un imposible sol, iluminado.

Bosques, montañas, enramadas bellas
de robusto verdor, palmas gentiles,
sendas doradas; mas notaba en ellas
como en los campos africanos, huellas
de fieras y reptiles.
Tranquilizó mi espíritu afligido
hallar á breve trecho
á un gallardo mancebo, que dormido
mostraba inerme el sosegado pecho.
Era un pobre pastor: por la pradera
triscaba su ganado
aquí y allí con rápida carrera,
dejando en la espinosa cambronera
de su vellon el copo enmarañado.
Hé aquí que de repente, de un fragoso
bosque, un leon desmensurado avanza,
y salta, y sobre el grupo bullicioso
del ganado pacífico se lanza.
Rugiendo de placer, en un instante
arrebata una obeja
que entre sus garras tiembla palpitante
y con balido trémulo se queja.
«Guarda el leon!» grité, y arrebatado
de generoso impulso, hácia la fiera
me adelanté con ánimo esforzado:
y rugió sordamente
el vigoroso bruto, y los despojos
arrastrando á su cueva, de repente
desapareció á mis ojos.
Tiemblo de gozo y vencedor me creo:
llamo al pastor; pero mi voz no escucha,
y le busco, y le veo
con una hiena en pavorosa lucha.
Pero qué hiena! al paso que rutila
en sus miradas la fiereza insana,
despide su pupila
rayos oblicuos de expresion humana.
Y el pastor, apurando su agonia,
exclamaba con voz de angustia llena:
«Tu grito me mató!» y es que yo habia
despertado á la hiena
que á largo espacio del pastor, dormia.

ESCENA V.

BERNARDA y LORENZO.

Bern. Cálmate.
Lor. (Me ha afligido este debate.)
Bern. Qué es eso?
Lor. Un desaliento repentino:
un malestar que mi firmeza abate.
Bern. Sin duda es el cansancio del camino.
—No has reposado?
Lor. No: largo y penoso
el tiempo ha sido.
Bern. El sueño...
Lor. Con empeño
en él busqué el reposo.
Bern. Y no lograste?...
Lor. Si; pero qué sueño!
Bern. Despues de tanto afan, no es maravilla,
y perderás la calma.
Lor. Oh! y aun despierto ya, siento en el alma
el horror de mi negra pesadilla.
Bern. La recuerdas tal vez?
Lor. Distintamente.
Tal fué su intensidad, que aun ahora creo
la siniestra vision tener presente.
Bern. No me lo contarás?
Lor. Si es tu deseo...
Bern. Dí.
Lor. Ya el naciente resplandor del dia
comenzaba á alumbrar en mi aposento,
y aun de las olas de la mar, sentia
mi sangre el perezoso movimiento.
Me abandonaba mi razon, inerte;
cerrábanse mis párpados: á poco
la ténue luz del alba se convierte
de vivo rayo en penetrante foco,
y libre ya de aquella pesadumbre
abarcaba mi vista un encantado
rico païs, por la esplendente lumbre
de un imposible sol, iluminado.

Bosques, montañas, enramadas bellas
de robusto verdor, palmas gentiles,
sendas doradas; mas notaba en ellas
como en los campos africanos, huellas
de fieras y reptiles.
Tranquilizó mi espíritu afligido
hallar á breve trecho
á un gallardo mancebo, que dormido
mostraba inerme el sosegado pecho.
Era un pobre pastor: por la pradera
triscaba su ganado
aquí y allí con rápida carrera,
dejando en la espinosa cambronera
de su vellon el copo enmarañado.
Hé aquí que de repente, de un fragoso
bosque, un leon desmensurado avanza,
y salta, y sobre el grupo bullicioso
del ganado pacífico se lanza.
Rugiendo de placer, en un instante
arrebata una obeja
que entre sus garras tiembla palpitante
y con balido trémulo se queja.
«Guarda el leon!» grité, y arrebatado
de generoso impulso, hácia la fiera
me adelanté con ánimo esforzado:
y rugió sordamente
el vigoroso bruto, y los despojos
arrastrando á su cueva, de repente
despareció á mis ojos.
Tiemblo de gozo y vencedor me creo:
llamo al pastor; pero mi voz no escucha,
y le busco, y le veo
con una hiena en pavorosa lucha.
Pero qué hiena! al paso que rutila
en sus miradas la fiereza insana,
despide su pupila
rayos oblicuos de expresion humana.
Y el pastor, apurando su agonia,
exclamaba con voz de angustia llena:
«Tu grito me mató!» y es que yo habia
despertado á la hiena
que á largo espacio del pastor, dormia.

Y yo que tan valiente y animoso
hice frente al leon embravecido,
al oir este acento lastimoso
me sentí de pavor sobrecogido.
Tiemblo y huyo cobarde, en mi carrera
dejando atrás el bosque y la montaña,
hasta dar en la plácida ribera
que el fresco Turia baña;
y á mirarme pasar, alborotado
el pueblo acude en turba presurosa,
y de una pica al hierro ensangrentado
una cabeza se asomó curiosa.
De quién era? de quién? yo he conocido
las facciones terribles de aquel hombre;
mas ya... qué extraño olvido!
ni su cara recuerdo ni su nombre.

BERN. Comprendo ese terror: no será aviso
de Dios?...

LOR. Tal vez.

BERN. Qué de tu mal te advierte?

LOR. Preocupacion vulgar! será preciso
que te escuche tambien el hombre fuerte?
No! no! necia aprehension! Dios no revela
los sucesos futuros,
y en vano el hombre penetrar anhela
mas allá de sus límites oscuros.
Esos, de la pagana idolatria
sin duda son resabios,
ó vanidad estéril de los sabios
como la judiciaria astrologia.
Olvidémoslo, pues: de otros temores
la espectacion mi espíritu acobarda.
Si es verdad que han logrado los señores...
—Hoy tengo mucho en que pensar, Ber-
mil cosas á la vez. De cierto reo [narda:
hoy debe pronunciarse la sentencia.

BERN. Ya me olvidaba: hoy mismo á lo que creo
le tendrás en Valencia.

LOR. Insensato!

BERN. Francin, mientras dormias,
me avisó de su próxima llegada.
Su palabra te cumple, pues le fias.

LOR. Más se la agradeciera quebrantada.
Caro, Périz y Coll, serán sus jueces.
BERN. Dios en sus almas la piedad influya.
LOR. Pensaste en nuestra boda?
BERN. Algunas veces.
LOR. Cuándo será?
BERN. Mi voluntad es tuya.
LOR. Y qué! voy á ser dueño de tu mano?
puede tal dicha merecer un hombre?
(Cogiéndola una mano, que ella procura hacerle soltar.)
BERN. Adios.
LOR. Bernarda mia!
BERN. Adios, hermano.
(Desasiéndose de él y alejándose.)
LOR. Por la postrera vez te oigo ese nombre.
(Váse.)

ESCENA VI.

BERNARDA; luego el CONDE.

BERN. Buen Lorenzo! y cuánto me ama!
—Pero cómo es que he podido
siendo mi único deseo,
desconocer su cariño?
Y cómo ocultarse pudo
á su perspicacia el mio?
—Cuánto nos hemos mirado!
qué tarde nos hemos visto!
—Quién es?
(Viendo al Conde, que sale en este momento.)
CONDE. Bernarda?
BERN. (Aqui el conde!)
Salid! salid!
CONDE. No des gritos.
BERN. Qué atrevimiento!
CONDE. Me tienes
con razon aborrecido.
Mas no temas: ahora vengo
á tu voluntad sumiso:
si con mucho afan te adoro,

con mas respeto te miro.

BERN. Qué buscais?

CONDE. Busco á Lorenzo:
fuera de mi cuna indigno
quebrantar una palabra
á tan honrado enemigo.
Sé que de mi breve ausencia
se me acusa: ya me han dicho
que mi honor se ha puesto en duda
por engañosos indicios;
mas si el deber me ha llamado
á otra parte, ya cumplido,
vengo á probaros que soy
del nombre que llevo, digno.

BERN. No lo ha dudado un momento
mi hermano; pero imagino
que vais á darle un pesar.

CONDE. Con mi venida?

BERN. Os lo afirmo.

CONDE. Por qué razon?

BERN. Porque está
vuestra existencia en peligro.

CONDE. Mi existencia!

BERN. En sus rencores
el pueblo está endurecido,
y debeis temer...

CONDE. No alcanzan
hasta mi altura esos tiros.

BERN. La presuncion os deslumbra:
mirad por vos; idos, idos!

CONDE. Y mi juramento?

BERN. Estais
relevado de cumplirlo.
El jurado os amenaza:
no despreciéis el aviso,
que hay ya justicia en Valencia
y aqui no estais muy bien quisto.

CONDE. Yo huir de tales contrarios!

BERN. Si, conde.

CONDE. Fuera el ludibrio
de la nobleza; el oprobio,
la deshonra de los mios.

Oh! por desgracia no tiene
gran valor mi sacrificio:
mi riesgo está en otra parte;
está aquí; vive contigo.

BERN. Otra vez?

CONDE. El desdeñado
siempre ha tenido permiso,
ya que sienta su desprecio,
para aliviarle en suspiros.

BERN. Pues yo no quiero escucharlos.

CONDE. Ni aun quejarme?...

BERN. Os lo prohibo.

CONDE. Hay tan fiera tiranía?
Y hablareis de despotismo!
—Pero mi amor es muy grande:
puede mucho.

BERN. No conmigo.

CONDE. Podrá, mas sin ofenderte.
Bernarda! si hasta aquí he sido,
y con rubor lo confieso,
desalmado y libertino,
desde hoy por opuesto rumbo
la luz de tus ojos sigo.
No mires en mí al infame
que tu pudor ha ofendido,
y abra mi arrepentimiento
á tus piedades camino.
(Bernarda hace que se va.)
—No te alejes: es inútil:
ó á donde quiera te sigo.

BERN. Pero esto es infame.

CONDE. Escúchame
hasta el fin, y me despido.

BERN. Hablad, pues.

CONDE. De Barcelona
en este momento mismo
llego, donde al rey de España
don Cárlos primero, he visto.
Despues que hube terminado
asuntos de su servicio,
le hablé de mi amor, haciendo
confesion de mi delito.

Reprendiómelo el monarca:
me escudé con tus hechizos:
me habló de honor y deberes:
yo, de mi ardiente cariño;
y viendo que no podia
nada la razon conmigo;
«Ámala,» exclamó, y entonces
si que le escuché sumiso.
«Puesto que ese amor es causa
de alteraciones, me dijo,
nobleza para dos tienes:
casarte es mejor arbitrio.»
De mi embajada, esto es
lo mejor que aqui he traido:
el consejo, de palabra,
y el mandato, por escrito.

BERN. Nada mas?

CONDE. Pues no es bastante?

BERN. Y el rey tambien os ha dicho:
«Sé amado?» presume el rey
disponer de mi albedrio?

CONDE. No manda en las voluntades;
pero sin duda ha creido
que mi amor... En este punto,
perdóname: estoy tranquilo.

BERN. Yo tambien: tan imposible
es que os dé jamás el título
de esposo...—En una palabra:
no os quiero para marido.
Suponed que yo os amara
con ardiente desvario;
—y agradezco mucho al cielo
que me ha dado mas juïcio;
—nunca fuera vuestra esposa:
vuestros ultrajes indignos
lo hubieran hecho imposible
si posible hubiera sido.

CONDE. Malhaya el corcel villano
que en el momento preciso
de alcanzar tan alta dicha,
desmintió su ardiente brio!

BERN. Bien, señor conde! ya veo

que venis arrepentido.

CONDE. Con que es decir, que prefieres
en tu loco desatino
tu pobreza á mi opulencia!

BERN. Y aun gananciosa me estimo.
La riqueza... Dios lo sabe;
me agrada aunque no la envidio,
y á ser rico el que prefiero
no le dejara por rico;
pero no será locura,
si por un falso egoismo
en cambio de vanidades
mi voluntad esclavizo?
Si las galas han de ser
de mi libertad los grillos,
bien me estoy con la estameña
que mis manos han tejido.

ESCENA VII.

DICHOS y JUAN LORENZO.

CONDE. Lorenzo viene.

LOR. Era cierto!
el conde en mi casa!

CONDE. El mismo.
No me esperabas?

LOR. Si, conde.

CONDE. Pero estarás mas tranquilo
ahora que me ves, no es cierto?

LOR. Y si al contrario, os afirmo?...

CONDE. Mas yo sé lo que me debo.

LOR. Decid; á qué habeis venido?

CONDE. Á cumplirte mi palabra.

LOR. Á aumentar nuestro conflicto.
No sabeis que hoy os sentencian?

CONDE. Ya lo sé.

LOR. Que con ahinco
se os busca por todas partes?

CONDE. Y qué mas?

LOR. Qué estais convicto...

CONDE. Y confeso: si yo tengo

vanidad en mi delito!
Aqui estoy: venga en buen hora
esa turba de asesinos.

LOR. Mirad que la ira de un pueblo
es ciega.

CONDE. Yo le autorizo
á deshonrar mis blasones
si me arrancan un gemido.

BERN. Mas cómo han averiguado
su venida?

LOR. Es muy sencillo.
Ha hecho cubrir de carteles
los mas frecuentados sitios
de la ciudad, en que da
de su llegada el aviso.

CONDE. En casa de Juan Lorenzo
espero mi fallo, digo;
y á jueces y á pueblo, á todos
y juntos los desafio.

LOR. Santo Dios! qué poderosa
es la vanidad!

BERN. Qué gritos (Desde la ventana.)
son esos?

LOR. Callad! (Acercándose á la ventana.)

BERN. Si llegan
á encontrarle en este sitio...

ESCENA VIII.

DICHOS y VICENTE.

LOR. Vicente!

BERN. Vendrá á avisar
lo sucedido?...

VICENTE. (Ecce homo...)
(Viendo al Conde.)

LOR. Vienes del tribunal?

VICENTE. Cómo
habia yo de faltar?
Toda la flor de Valencia
estuvo: fué cosa brava!

LOR. Hablarás?

VICENTE. Ahora se acaba
de pronunciar la sentencia.
BERN. Y es?
VICENTE. Caro lo contradijo;
pero habló poco: fué cauto.
En fin, acordóse el auto
tras de un exámen prolijo,
y os aplican, por aquella (Al Conde.)
y esta y las otras razones,
la pena que á Gil Quiñones,
raptor de Juana Corella.
LOR. Es cierto?
VICENTE. Y en muy concisas
palabras.
BERN. Eso es terrible!
LOR. Pena de muerte!
CONDE. (Con tranquilidad.) Imposible.
VICENTE. (Ya te lo dirán de misas.)
Asi el tribunal lo acuerda;
y en horca.
CONDE. Insulto grosero!
horca para un caballero!
VICENTE. Con tres palos y una cuerda.
CONDE. Malsin! (Empuñado la espada.)
VICENTE. Yo no aumento nada.
LOR. Calla!
CONDE. Su audacia me admira.
LOR. Conde, sosegad la ira,
que ya es inútil la espada.
(Viendo aparecer á la puerta algunos desmandados.)
CONDE. Esto es en mí indignacion
y no miedo á la sentencia;
que antes se hundirá Valencia
que llegue á la ejecucion.
Pero de esos leguleyos
váyase el celo á la mano,
que aquel raptor fué villano.

y nos las paga en agravios.
Pueblo! á vengarlos te exorto:
no te queda otra esperanza;
pero marcha á la venganza
por el camino mas corto.
No uses de piedad: arrolla
cuanto se oponga á tus iras.

DESM. Viva Guillen!

SOROLLA. Que, me miras?

LOR. Te compadezco, Sorolla!

SOROLLA. Piensa en que va por allí
ajena ya, tu Bernarda:
acuérdate de eso, y guarda
la compasion para tí.

LOR. Prefiero mi acerba pena
á tu victoria imprudente.

SOROLLA. Estamos ya frente á frente.
(Váse seguido de los desmandados.)

LOR. Yo he despertado á la hiena.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

JUAN LORENZO, que viene de la calle y se dirige á su habitacion despues de examinar un momento la escena: luego GUILLEN SOROLLA.

LOR. Nadie!... mejor! me avergüenzo
de que mis rojas pupilas
vea Bernarda.—Qué! aun vacilas?
te arrepientes, Juan Lorenzo?
Ea! adelante! es ya tarde!
si es que vencer te propones,
cesen las vacilaciones
de tu espíritu cobarde.
—Cobarde! ay, no! quien destruye
su felicidad mayor
no es un cobarde: en amor
el valiente es el que huye.
(Sorolla le detiene en el momento en que va á entrar.)

SOROLLA. Á dónde vas?

LOR. Á qué vienes?
entre nosotros no hay ya
lazo alguno...

SOROLLA. Vuelve acá
y dime qué es lo que tienes?
LOR. Aparta.
SOROLLA. Aun puedes conmigo
y en tu provecho hacer paces.
LOR. Nunca, Sorolla.
SOROLLA. Mal haces,
que soy temible enemigo.
LOR. Mas ya invulnerable soy.
SOROLLA. No conoces mi poder.
LOR. Pues di; me puedo ya ver
mas bajo de lo que estoy?
Aparta, digo.
SOROLLA. Cualquiera
al verte, por vida mia!
de tu aliento dudaria.
—Aun no se ha casado: espera!
LOR. No me hables ya de esperanza:
ya no la hay sino en la muerte
para mí.
SOROLLA. Vengo á ofrecerte...
LOR. Nada quiero.
SOROLLA. Mi alianza.
Pero jura aborrecer
como yo, con alma y vida,
y siempre, á esa fementida,
á esa pérfida mujer.
LOR. No la ultrajes: te lo ruego.
SOROLLA. Aun la defiendes?
LOR. Te juro...
—Grande es mi amor, pero es puro:
ardiente, pero no ciego.
SOROLLA. Solo esa respuesta da...
LOR. El que su dicha desea.
SOROLLA. Pues yo no quiero que sea
del conde, y no lo será.
Esto á proponerte vengo:
lo aceptas? vamos á una:
no lo aceptas? por fortuna
medios para todo tengo.
LOR. Qué vas á hacer?
SOROLLA. Por mi nombre!

ya sabes mi historia amarga.
Tengo una cuenta muy larga
que ajustar con ese hombre.
Si hasta ahora he sellado el labio
aplazando mi venganza,
sepa que ya en la balanza
he puesto el último agravio;
y hoy verá si vengador
de mis pesares ocultos,
sé pagar años de insultos
con instantes de dolor.
Ahora que por tal estilo
vengarme se me concede,
mira! no sé cómo puede
vivir ese hombre tranquilo!
Oh! si el cabello al primer
murmullo no se le eriza:
si no teme mi ojeriza;
qué valor debe tener!

LOR. Oh! (Mirándole con espanto.)

SOROLLA. Y al salirle al encuentro
aspiro á un objeto doble.

LOR. Qué mas?

SOROLLA. Que no quede un noble
de las murallas adentro.

LOR. Á mucho aspiras.

SOROLLA. Á mas
se atreve y hará mi bando.
Á las gentes que yo mando
esa gloria deberás.

LOR. Pero cómo?

SOROLLA. Es muy sencillo,
y aun verás otras empresas.

LOR. Guillen: qué gentes son esas
que te llaman su caudillo?
Desde que eres tú el mas fuerte,
una noche no ha dormido
Valencia, sin que al ruido
de algun crímen se despierte.
Dicho sea entre los dos,
aborrezco á esa canalla
que hace campo de batalla

hasta la casa de Dios.
Asi, pues, no me dirás,
que conocerla deseo,
qué gente es esa, que creo
no haberla visto jamás?

SOROLLA. La plebe es, que sin empacho
á los tiranos se atreve.

LOR. Mentira: esa no es la plebe.

SOROLLA. No? pues qué es?

LOR. El populacho.

SOROLLA. Mas quiere...

LOR. No me persuades.
Quiere licencia ó cadenas.
Para esas gentes, son buenas
todas las calamidades.

SOROLLA. Vive Dios!

LOR. Deja ese bando
y oye á tu propio egoismo.
Tú no has medido el abismo
donde te vas despeñando.
Mientras con tales horrores
su buen nombre menoscabes,
el pueblo hallará suaves
sus antiguos opresores;
y tras de algun alboroto
pondrá á su infortunio el sello
soldando sobre su cuello
la argolla que ayer ha roto.
No le acuses si volver
le vieres á ser esclavo.
Qué le ha de importar, si al cabo
de uno ú otro lo ha de ser?

SOROLLA. No me hagas tales ofensas:
yo que de buena fé voy...

LOR. No me lo niegues: estoy
oyéndote lo que piensas.
Se estan en tu corazon
librando espantosa lidia
el despecho con la envidia;
la rabia con la ambicion.

SOROLLA. Tu causa juré en las aras.

LOR. No; tú no tienes bandera:

á tener una... cualquiera,
Guillen, no la deshonraras.

SOROLLA. No me insultes.

LOR. Es un lago
irritado, este que miras,
y que alteraron mis iras
en momento bien aciago:
y cuando se oye aun bramar
del huracan la violencia,
y consagro mi existencia
á la causa popular,
tú, esquivando mis afanes,
á aprovechar te das prisa
la perturbacion precisa
que llevan los huracanes.
Tú de las aguas furiosas
sondaste el revuelto seno
creyendo encontrarlo lleno
de riquezas fabulosas.
Pero, ay necio, que te engañas!
lo que has arrancado al fondo
no es sino el légamo hediondo
que se pudre en sus entrañas.

ESCENA II.

DICHOS y VICENTE.

LOR. Qué traes, Vicente?

VICENTE. Hay noticias
de Juan Caro: un desmandado
del campo, me las ha dado.

SOROLLA. Son malas?

VICENTE. No espero albricias.

LOR. Eso es decir...

VICENTE. Solo digo
lo que digo.

LOR. No repares...

VICENTE. Se han vuelto los populares
sin buscar al enemigo:
y la gente descontenta
dice, bramando de enojo,

que fueron por el despojo
y se vuelven con la afrenta.

LOR. Qué dices? (Á Sorolla.)

SOROLLA. Que por lo visto
hay traidores.

VICENTE. Si.

SOROLLA. Lo dudas?

LOR. Qué he de dudar? no hubo un Judas
capaz de vender á Cristo?
Y al cabo conseguirán...

SOROLLA. Mas no provocan tu encono.

LOR. Es que ya los abandono
á su conciencia.

SOROLLA. No, Juan:
es que empezaste muy fiero
y te has quedado sin pulso.
Siempre es el que da el impulso
el que se cansa primero.
Asi de tu autoridad
el brillo has menoscabado;
pero yo que no he gastado
mi fuerza y mi voluntad,
aunque pequeño y ruin,
desde hoy con mayor aliento
llevaré tu pensamiento
á su venturoso fin.

VICENTE. Qué! ya reñis? mal presagio!

LOR. Por distinto mar corremos:
mas todos nos hallaremos
en el dia del naufragio. (Váse á su habitacion.)

ESCENA IIII.

SOROLLA y VICENTE.

SOROLLA. Qué te parece? has oido?

VICENTE. Si.

SOROLLA. Y qué?

VICENTE. Cuanto aqui oigo y veo
me escama: ahora si que creo
que Lorenzo se ha vendido.

SOROLLA. Deja del pueblo la suerte

en mis manos.

VICENTE. Mentecato!

SOROLLA. Sin duda el frecuente trato
con los nobles, le pervierte.
Con ellos todos los dias
en roce, á quién se le oculta?...

VICENTE. Ahí tienes lo que resulta
de las malas compañias.

SOROLLA. Pues bien: pese al mismo rey,
qué diablos! hagamos algo,
y aquí no quede un hidalgo;
á empezar por el virey.
Tenemos autoridad,
hierro, manos y ardimiento,
y aun no barre nuestro aliento
de esas gentes la ciudad!

VICENTE. Pues á ver como les ganas
por la mano.

SOROLLA. Dios mediante...

VICENTE. Cuándo ha de ser?

SOROLLA. Al instante.

VICENTE. Echo á volar las campanas?
Caigan los pájaros gordos!
(Haciendo que se va.)

SOROLLA. Espera: otro es mi deseo,
y con tanto campaneo
los mas se han quedado sordos.

VICENTE. Pues cómo?

SOROLLA. De esta manera.
Supon que un caudillo, un trece,
asesinado perece
por un hidalgo cualquiera.

VICENTE. Y si fueras tú, Guillen! (Entusiasmado.)
Hombre! la ocurrencia es brava!
te juro que se abrasaba
toda la ciudad.

SOROLLA. Pues bien;
yo he de ser el muerto.

VICENTE. Cierto?
—Qué noble!

SOROLLA. (Qué imbécil eres!)

VICENTE. Ya comprendo lo que quieres.

SOROLLA. Pues figúrate que he muerto.
VICENTE. Cuando hay corazones tales;
quién nuestras cervices doma?
Envídiennos Grecia y Roma:
sepa el mundo lo que vales.
Tú quieres tu sangre dar
en generoso tributo...
SOROLLA. No, hombre! no! (Tiene este bruto
un modo de interpretar!...)
VICENTE. No dieras tu vida?...
SOROLLA. Si,
cuando fuera necesario.
VICENTE. Con que no es eso?
SOROLLA. Al contrario:
hago mucha falta aquí.
Mi muerte ha de ser fingida:
tu das la nueva, yo estoy
oculto entre tanto, y hoy
no nos queda un noble á vida.
—No es igual?
VICENTE. No, á la verdad;
que á ser cierta y no ficticia,
pudiera dar la noticia
con mas naturalidad.
SOROLLA. Vamos?
VICENTE. Aunque no sea justo
asi, á secas...
SOROLLA. Oigo ruido. (Llevándoselo.)
VICENTE. Muchas veces he mentido;
pero no tan á mi gusto. (Vánse.)

ESCENA IV.

BERNARDA, luego la MARQUESA.

BERN. Quién hablaba aquí? dos hombres!
(Asomándose á la ventana.)
Aunque empieza á anochecer,
los reconozco: Vicente
es uno, y Sorolla aquel.
Á qué vino ese malvado
á esta casa! Bien se ve

que falta de aquí Lorenzo.
Cerremos la puerta... Quién?

(Al ir á cerrar la puerta, aparece en ella la Marquesa cubierta con un manto. Se descubre al entrar.)

MARQ. Bernarda, amiga!
BERN. Qué es eso?
cómo á estas horas?...
MARQ. Tal es
mi temor.
BERN. Y sola!
MARQ. Si,
que esto ha sido menester.
—Á solicitar tu amparo
vengo.
BERN. Mi amparo quereis!
En bien miserable estado
habeis debido caer.
MARQ. En efecto, y á tí vengo
llena de espanto.
BERN. Por qué?
MARQ. Por qué ha de ser? porque en esta
vertiginosa Babel,
se desconoce el respeto
y se ha olvidado el deber.
Esta noche ha pretendido
amenazador tropel
de desmandados, las puertas
de mi palacio romper,
y dejó, como señales
de tamaña avilantez,
horadadas las paredes
y quebrantado el cancel.
BERN. Malvados!
MARQ. Por eso vengo
á implorar esta merced
por solo una noche.—Dudas,
ó recelas?...
BERN. Me ofendeis.
Si débil y sola, tanto
puede una pobre mujer...
MARQ. Y Juan Lorenzo?
BERN. Ay, señora!

MARQ. Qué, vacilas!
BERN. No lo sé.
Tres dias hace que huyendo,
en abandono cruel
me deja.
MARQ. Cómo es posible?
BERN. Tres dias, señora! tres!
Yo, que antes que de la paz
llorara perdido el bien,
no he pasado un solo dia
sin que me mirara en él!
—Pero antes son vuestras penas:
las mias vendrán despues.
—Cómo es que á los desmandados
tan ciego rencor debeis?
MARQ. Tu sacrificio sublime
en ellos ha hecho crecer
el odio contra mi hermano.
BERN. Vuestro hermano!... responded;
aun está en Valencia?
MARQ. Nada
le ha podido convencer.
Cada vez mas obstinado,
mas amante cada vez,
ahora anima su esperanza
con la fuerza del deber.
BERN. Ese hombre quiere mi muerte!
—Por salvarle, no dudé
en calumniarme á mí misma
lastimando mi honradez.
Una tregua, un breve plazo
para salvarle, busqué;
pero no voy mas allá,
que aun me fuera mas crüel
dar mi libertad á un hombre
á quien no puedo querer.
MARQ. Pues le aborreces?
BERN. Lo ignoro.
MARQ. Qué dices?
BERN. No lo extrañeis.
Hace tan poco, señora,
que he aprendido á aborrecer!

Pero que nunca ha de verme
su esposa; que amante fiel
guardo á Lorenzo en el alma,
vaya! eso sí que lo sé!

MARQ. Y si llega á abandonarte?

BERN. Lorenzo! no puede ser!
vendrá.

MARQ. Pues de qué lo sabes?

BERN. Vendrá.—No os lo dije?
(Señalando á Lorenzo, que aparece en este momento á la puerta de su habitacion.)
Él es.

MARQ. Ánimo.

ESCENA V.

DICHOS y LORENZO.

BERN. No estoy temblando?

LOR. (Ay, desdichados amores!)
(Va á atravesar el teatro)

MARQ. Ven aqui: yo te lo mando.

BERN. No: yo te lo ruego; cuándo
tendrán fin estos dolores?

LOR. Hoy mismo. (Con severidad.)

MARQ. Estoy de por medio,
y es injusto ese desvio.

BERN. Qué tienes?

LOR. Cansancio y tedio;
pero al fin hallé el remedio
á tu mal... ya que no al mio.

BERN. Cuál?

LOR. La ausencia lo ha de ser:
y en medio poniendo el mar
que facilite el deber,
ni yo te veré casar
ni tú me verás volver.

MARQ. Insensato!

BERN. Pobre amigo!
casarme yo! estás terrible!

LOR. No?

BERN. Cuando yo te lo digo!

—Pero Lorenzo! es posible
que tú te enojes conmigo?
Si son de tu amor despojos
mis gustos; si eres mi gloria,
dando tregua á tus enojos,
recuérdalo en tu memoria
ó pregúntalo á mis ojos.

LOR. Basta, Bernarda.

BERN. No! espera!
escúchame si no quieres
que de este pesar me muera.

LOR. Déjame huir!

BERN. Huir!

MARQ. Eres
un insensato: una fiera.

LOR. Por qué?

MARQ. Su defensa tomo,
porque en tí no encuentro asomo
de amor, si no de egoismo.
Dudas de Bernarda?

LOR. Cómo,
si es la mitad de mí mismo?
Ya sé el móvil que la inspira,
que no es tan ciega mi ira
ni mi razon es tan ruda:
pues qué, señora! se duda
del aire que se respira?
Y ese es mi duelo mayor,
señora, y esa es mi pena;
que conociendo su amor
á perderlo me condena
del vulgo ciego el error.

MARQ. Quién oye esa autoridad?
quién que de intento no vaya
contra la misma verdad,
tira un diamante porque haya
quien dude de su bondad?

BERN. Señora! que eso os asombre?
se trata de su renombre,
de su honor, de sus deberes.
Ante la fama de un hombre,
qué valemos las mujeres?

Miradlo en mí: yo he dudado
en poner mi nombre honrado
de la calumnia al juicio?
no hice, de estar á su lado,
el valiente sacrificio?
Yo, que aunque humilde, soy dama,
antepuse á mis sonrojos
el amor que hácia él me llama,
y amante, cerré mis ojos
al peligro de mi fama.
Verdad? y eso que tenia,
para que ningun tormento
faltara á la pena mia,
entero convencimiento
del peligro que corria.
Pero me dije, contenta
con mi inmerecida afrenta,
aunque era afrenta cruel:
«Vaya de su dicha á cuenta:
sufrámosla, que es por él.»
Y mi honor saldrá á su encuentro,
que un trono en mi pecho tiene
y está en él como en su centro.

LOR. Mas la honra...

BERN. La honra no viene
de afuera: sale de adentro.

MARQ. Más fé merece á mi hermano,
que de su honradez seguro
la ofrece su noble mano.

LOR. Teneis razon.

MARQ. Y no en vano:
eso, tambien te lo juro.

LOR. Pues yo no debo, no quiero
matar tu dicha; eso no,
que tu bien es lo primero!
Mejor suerte te brindó
el amor de un caballero.

BERN. Mas cuando el cariño falta;
qué importa que el oro sobre?
Ni á mí la ambicion me exalta,
ni quiero dicha mas alta
que ser de mi amante pobre.

OR. (Y aun resisto!...)
BERN. Aquí me trajo
la mano de Dios: aquí
en estado humilde y bajo,
me he acostumbrado al trabajo,
y me he acostumbrado á tí.
Pongo á tu fé por testigo:
ya para olvidarte es tarde,
y si es del cielo castigo,
otra pena no me guarde
que vivir pobre y contigo.
LOR. (Medio vencido.)
Por Dios!...—Ay, Bernarda mia!
BERN. Lorenzo! (Con esperanza.)
LOR. Enjuga tu llanto.
BERN. Lorenzo!
LOR. Ya yo sabia
que resistir no podia
de tu palabra al encanto.
BERN. Pero es posible!
LOR. Si, hermosa!
al fin la fuerza rebosa
de mi cariño profundo.
Hoy mismo serás mi esposa,
piense lo que quiera el mundo.

ESCENA VI.

DICHOS y el CONDE.

LOR. Venid, conde.
CONDE. (Á Bernarda.) Recibí
tu billete, y vive Dios!
lo que mas siento es que tengas
contra mí tanta razon.
Pero no darme la vida
hubiera sido mejor
que engañar mis esperanzas.
BERN. La suerte asi lo ordenó.
MARQ. No sabes que ama á Lorenzo?
CONDE. Bernarda, agradece á Dios
que te da tan buen esposo.

BERN. Es verdad.
CONDE. Mejor que yo.
LOR. Conde!...
CONDE. Digo lo que siento:
soy un insensato, soy
un loco; pero no tengo
corrompido el corazon.
LOR. Pues bien; dadme de ello ahora
una prueba: ya pasó
el primer riesgo; evitadnos
de otro segundo el temor.
Salid de Valencia.
CONDE. Nunca!
LOR. Es necesario.
CONDE. Eso no.
LOR. Pero mientras vos estais
expuesto al ciego furor
de esos hombres, ni conviene
ni es posible nuestra union.
CONDE. Nadie se atreve...
LOR. Eso es cierto,
porque imaginan que sois
esposo de quien ha dado
á otro hombre su corazon.
CONDE. Pues bien: por tí, por tu dicha,
por la de Bernarda, estoy
dispuesto á todo; mas pronto
volveré.
LOR. Quién sabe! adios.
CONDE. Mira: la verdad, Lorenzo,
es que puede tu valor
estar satisfecho, si era
darnos miedo tu intencion.
Libre el pueblo y de su fuerza
una vez conocedor,
temblamos cuando irritado
sus cadenas removió.
Mas ahora que los delirios
de esa canalla feroz
derraman en vuestro seno
espanto y desolacion,
ahora, Lorenzo, ese mismo

pueblo, con alto clamor
nos llama: Guillen Sorolla
tus proyectos atajó.
LOR. Acaso es cierto.
CONDE. No dudes
que ya se acerca...

ESCENA VII.

DICHOS y FRANCIN.

FRANCIN. Señor!
CONDE. Qué es eso, Francin?
FRANCIN. Aprisa!
poneos en salvo: veloz
como el pensamiento, corre
por la ciudad un rumor...
CONDE. Pero explícate: qué es ello?
FRANCIN. Cunde entre el pueblo la voz
temerosa, de la muerte
de Sorolla el tejedor.
LOR. Sorolla ha muerto!
FRANCIN. Eso afirman;
y en terrible confusion
empieza á invadir las calles
gentio amenazador.
Huid: no perdais momento.
CONDE. Y qué tengo que ver yo?...
MARQ. Habla, Francin.
FRANCIN. De esa muerte
dicen que sois el autor.
CONDE. Ah! me acusan...
FRANCIN. Y al virey
y á los nobles: juran que hoy
se vengan de los hidalgos,
y sobre todo, de vos.
MARQ. Hermano mio!
CONDE. Veremos
si se atreven...
(En ademan de dirigirse á la calle.)
BERN. Por Dios, no!
MARQ. Detente.

LOR. Dónde vais! eso
es locura y no valor.
Ya me lo habeis prometido
y yo tranquilo no estoy
hasta veros partir.
CONDE. Sea.
FRANCIN. Mas de esa capa el color
puede venderos.
(Quiere cambiar su capa con el conde.)
CONDE. Pues quieres
tambien esa humillacion?
MARQ. Déjale hacer.
CONDE. No consiento.
LOR. Hacedlo por mí, señor;
vuestro orgullo compromete
no una vida, si no dos.
Considerad que es mi noche
de bodas.
CONDE. Tienes razon.
Toma, Francin. (Cambia de capa con Francin.)
FRANCIN. Con mi capa
cubrios.
CONDE. Dónde vas?
(Á Lorenzo que toma tambien su capa.)
LOR. Voy
á compañaros.
CONDE. Á dónde?
LOR. Yo lo sé: venid en pos
de mí.
CONDE. Por ese arrabal...
LOR. Dudo que á la luz del sol
salgais de ese laberinto,
y ha tiempo que anocheció.
Dejadme.
BERN. Sí.
MARQ. Sí.
LOR. Conozco
el camino, y no hay rincon,
no hay acequia ni revuelta
que á ciegas no encuentre yo.
CONDE. Vamos, pues; pero le juro
por mi nombre á ese traidor,

si no ha muerto...

LOR. Muerto ó vivo,
que no le abandone Dios.
(Vánse por la derecha el Conde, Lorenzo y Francin.)

ESCENA VIII.

BERNARDA y la MARQUESA.

BERN. No temais: aunque furioso
el pueblo se descarria
alguna vez, todavia
ama y respeta á mi esposo.

MARQ. Y lo merece.

BERN. Es verdad?

MARQ. Y si todos como él fueran,
quién duda que merecieran
completa esa libertad?
Cierto, y de tu amor ufana
debes estar.

BERN. Si es mi vida!

MARQ. Oye: tengo decidida
mi marcha para mañana.

BERN. Mirad...

MARQ. No; pueden mi huella
seguir: el peligro apura,
y no me creeré segura
hasta encontrarme en Morella.
Antes, la mayor de todas
tus dichas presenciaré,
y si consientes, seré
madrina de vuestras bodas.

BERN. Ah, señora!

MARQ. Y puesto que hoy
se estrechará el santo nudo...

BERN. Hoy!

MARQ. Él nos lo ha dicho.

BERN. Aun dudo.

MARQ. Por qué?

BERN. Tranquila no estoy.

MARQ. Qué temes?

BERN. Ay!

MARQ. Me sorprendes.
BERN. Ser Lorenzo tan honrado
es mi orgullo... y mi cuidado.
MARQ. Con esa duda le ofendes.
BERN. Si á tal extremo la llama
de su afecto le redujo,
temo que pierda su influjo
si oye otra vez á su fama.
MARQ. No lo hará: yo te lo fio.
BERN. Mi cariño es receloso.
MARQ. Calla, y sorprende á tu esposo
con el nupcial atavio.
Ufano tienda tu amor
de su esperanza las alas:
viste tus mejores galas.
BERN. Mi cariño es la mejor.
MARQ. Advierte que á tu presencia
pronto alegre volverá,
y el celo agradecerá
de tu amorosa impaciencia.

ESCENA XI.

DICHAS y VICENTE, que sale corriendo y cierra tras sí la puerta que da á la calle.

BERN. Un hombre!
VICENTE. Les dí esquinazo.
MARQ. No es Vicente?
BERN. Qué te pasa?
VICENTE. Si está mas lejos tu casa
me rompen el espinazo.
BERN. Á tí? cómo puede ser?
VICENTE. Pues eso te maravilla?
MARQ. Pero quién fué?
VICENTE. Gentecilla
que no tiene que perder.
—Cuando salí de aquí, nada
noté que oliera á tumulto;
guardé, sin embargo, el bulto,
y penetré en mi morada.
Esperábame impaciente

un labrador de Gandia,
buen hombre! que me traia
cierta carta de un pariente,
que me dice: «Hay novedades:
por esta te participo
que ha dado ya el postrer hipo
tu tio Martin Puyades,
y en el trance lastimero,
no pudiéndose llevar
su hacienda, aunque á su pesar,
te ha nombrado su heredero.»
Tio! mi opinion impia
de tu bondad, rectifico!
Pobre viejo!—Y era rico! (Enternecido.)
más de lo que yo creia! (Sollozando.)
—Por mí solo; por hacer
mi felicidad fué avaro.
Ahora es cuando encuentro claro
(Serenándose de repente.)
y justo su proceder.

MARQ. Y en fin...

VICENTE. En fin, de mi asombro,
que no de mi aturdimiento,
vuelvo apenas, cuando siento
que me tocan en el hombro.
Era un pobre menestral
de mi casa, que azorado:
«El pueblo está alborotado,»
me dice: «es cosa formal.»
Salgo, y una danza encuentro
armada, de Lucifer!
tiemblo.—(Yo que estaba ayer
en ellas como en mi centro!)
Escaparme solicito
y esto aviva su sospecha:
me cerca el grupo y se estrecha.
«Soy de los vuestros!» les grito;
pero, inútil precaucion!
tal era su furia brava,
que con ellos no bastaba
ni esta recomendacion.
Uno alzó en este momento

pica, lanza ó lo que fuera;
pero yo le dije: «Espera,
que voy á contarte un cuento.»

MARQ. Y te defendiste?

VICENTE. Sí.

MARQ. Bien!

VICENTE. Y sin mucho trabajo:
tomé por la calle abajo
y no he parado hasta aquí.

MARQ. Ya ves!

VICENTE. De nuestra ruïna
este es el triste comienzo.
—Vengo á avisar á Lorenzo,
para ver qué determina.
Dile que andan á la husma
de ricos. Esto es razon?
—Él tiene la obligacion
de sujetar á esa chusma.
Dile que la libertad
se encuentra en terrible estrecho,
y que peligra el derecho
santo, de la propiedad.

BERN. Vicente! pues cómo así?
no ha mucho...

VICENTE. Lo mio es mio;
no es verdad? mi honrado tio (Á la marquesa.)
lo ha ganado para mí.

MARQ. Dime, quién es el autor
de ese motin? no has sabido?...

VICENTE. Yo no sé quién ha esparcido
por la ciudad el rumor...

MARQ. Si, la nueva de una muerte.

BERN. No es una odiosa mentira,
fraguada?...

VICENTE. Yo no sé. (Desconcertado.)

BERN. Mira
que he aprendido á conocerte.

VICENTE. Qué dices?

BERN. De tu lealtad
aquí el testimonio invoco:
tú y Guillen Sorolla ha poco
estabais aquí.

VICENTE. Es verdad.
BERN. Juntos salisteis.
VICENTE. Es cierto:
pero la verdad....
BERN. Espera.
—Tú sabras de qué manera
en tan breve espacio ha muerto.
MARQ. Testigos somos las dos
contra tí.
VICENTE. Cómo testigos!
MARQ. Y hay justicia.
BERN. Y hay castigos.
MARQ. Y hay patíbulos.
BERN. Y hay Dios.
VICENTE. (Y escribanos! mentecato!)
MARQ. Hablas?
VICENTE. Yo soy un pobrete,
valga la verdad! juguete
de un ambicioso insensato.
BERN. Vive?
VICENTE. Vive.
BERN. La verdad.
VICENTE. Te lo juro por mi nombre:
puedes creerme; soy ya un hombre
de responsabilidad.
De él mismo salió esta embrolla.
MARQ. Búscale.
VICENTE. (Suerte maldita!)
BERN. Ve á la calle: corre, grita
(Abriendo la puerta de salida.)
que vive Guillen Sorolla.
VICENTE. Iré...
MARQ. Para luego es tarde.
VICENTE. El peligro considero...
BERN. Ahora tiemblas?
VICENTE. El dinero
ha sido siempre cobarde.
(Váse por la puerta que da á la calle empujado por Bernarda: esta cierra un momento despues.)

ESCENA X.

BERNARDA y la MARQUESA.

BERN. Pues nos quedamos las dos
solas...
MÁRQ. Sí; cierra esa puerta.
—Ya ves: todo se concierta
en bien.
BERN. Permítalo Dios!
MARQ. Corre: engalánate.
BERN. Sí,
sí, que ahora á esperar comienzo.
MARQ. Ya no tardará Lorenzo.
BERN. Y vos?...
MARQ. Yo le espero aquí.
BERN. Gracias. (Se va á su habitacion.)
MARQ. Ve.—De qué cruel
temor está mi alma llena,
y por no aumentar tu pena...
(Se oye llamar á la puerta: la marquesa acude presurosa.)
LOR. (Dentro.)
Abrid.
MARQ. Quién?
LOR. Abrid!
MARQ. Es él.
(Abre la marquesa la puerta y aparece Juan Lorenzo completamente demudado.)

ESCENA XI.

La MARQUESA, LORENZO.

MARQ. Lorenzo!
LOR. Quién aqui!...
MARQ. Soy yo: no temas:
te esperaba.
LOR. Callad!
MARQ. Qué te acongoja?
habla! qué pasa, dí? qué es de mi hermano?

LOR. Huyó.
MARQ. Gracias al cielo!
LOR. Pero á costa
de una sangre leal.
MARQ. Francin! ha muerto?
LOR. Que Dios le dé la prometida gloria!
MARQ. Infames!
LOR. No griteis! oh! ni una queja,
ni una voz, ni un suspiro! que no os oigan!
la hiena ha despertado, y yo, yo he sido
quien la arrancó de su letal modorra.
MARQ. Mas cómo fué?...
LOR. Dejadme que recobre
el aliento perdido.
MARQ. (Conduciéndole al sillon.) Ven; reposa:
pero habla.
LOR. Si, lo haré.
MARQ. Y esta impaciencia
á mi febril indignacion perdona. (Pausa.)
LOR. Mientras que yo del arrabal cercano
guiaba al conde por las calles lóbregas,
Francin cruzó la plaza, en que rugia
viviente mar de alborotadas olas.
Cubriendo el rostro y á su dueño el conde
remedando en el aire y la persona,
procuraba fijar de aquel airado
tumulto, la mirada escrutadora.
No esperó largo tiempo: en corto instante
su inquietud, sus miradas recelosas
despiertan la atencion de aquella gente,
que de Francin en derredor se agolpa.
«El conde!» alguno prorumpió, y en breve
corriendo aquella voz de boca en boca,
se convirtió en bramido, resumiendo
mil y otras mil en suma pavorosa.
«Muera!» gritaban; y tras él cruzaron
plazas y calles en carrera loca,
incansable, tenaz, como jauria
que al cervatillo fatigado acosa.
Ya de San Nicolás próximo estaba
el triste fugitivo, á la parroquia,
cuando salió el vicario, que á la turba

refrenó con palabras amorosas;
y se abrazó á Francin, y colocando
sobre su frente la sagrada forma,
se abrió camino, dirigióse al templo,
y ya tocaba del umbral las losas.
Pero al ver que la presa codiciada
de aquel anciano la piedad le roba,
volviendo en sí del momentáneo asombro
aquella multitud gimió de cólera.
Llegué á este punto, y con sentido ruego
la pedí compasion una vez y otra;
pero estaba en sus iras complacida
y á todo humano sentimiento sorda.
Hollado el sacerdote que imploraba
en el nombre de Dios, misericordia,
cayó, manchando el pórtico sagrado
con sangre de Francin y sangre propia.
Yo, señora, le ví, pálido el rostro
y desgarradas las talares ropas,
de nuevo alzar con el herido brazo,
iris de paz, la cándida custodia.
Y al verla sobre todos levantada
á la luz de las pálidas antorchas,
en medio del tumulto de asesinos,
manchada á trechos con señales rojas,
creí ver repetirse aquel misterio
que al mundo esclavo redimió en el Gólgota.

MARQ. Me horrorizas!

LOR. De espanto dominado
y llena el alma de mortal congoja,
huí de aquella escena abominable
hasta encontrarme con mi angustia á solas.
Pero al volver aquí, de nuevo escucho
fiero clamor: desordenada tropa
obedeciendo al aguijon del crímen
por delante de mí cruzó furiosa;
y clavada en el hierro de una pica,
despojo de su bárbara victoria,
ví de Francin la rígida cabeza
dibujarse en el fondo de las sombras.

MARQ. Lorenzo, ya lo ves: esa es la plebe.

LOR. No es la plebe; es la turba licenciosa

de infames desmandados: es la chusma
que azuza contra mí Guillen Sorolla.
—Mirad... siento mi sangre dilatarse
y que mi pobre corazon se ahoga,
y que tiemblan sus fibras una á una
cual si quisieran desatarse todas!

MARQ. Calla, Lorenzo, calla!

LOR. Sí; callemos.
(Dominado por el terror.)

MARQ. Y aleja esa vision de tu memoria:
bórrala, si es posible.

LOR. Que la borre!
no he de poder jamás! jamás, señora!

MARQ. Por compasion á la inocente niña
que galas viste y que te espera ansiosa...

LOR. Me espera! para qué?

MARQ. Pregunta extraña!
cerca el momento está de vuestra boda.

LOR. Nuestra boda, decis!

MARQ. Pronto, ceñida
la casta sien de virginal corona,
vendrá á pedir á su dichoso amante
el prometido título de esposa.

LOR. Es verdad!—Cuál será mi sufrimiento
cuando olvidado de mi dicha próxima
solo me ocupa este dolor.—Decidla
que llore sangre; que sus galas rompa,
y sus cabellos mese, y de su cara
borre tambien las naturales rosas.
Bodas en tal momento! oh, que serian
del público dolor indigna mofa!

MARQ. Piénsalo bien, Lorenzo: si dilatas
el momento feliz que espera ansiosa,
creerá tal vez que la sospecha infame
tu lastimado corazon devora.

LOR. No.

MARQ. Sí: sospechará que esa tardanza
nace de algun temor que la deshonra.

LOR. No aguardaremos á mejores dias?

MARQ. Ay! que comienzan hoy los de discordia!

LOR. Es cierto.

MARQ. Y quiero ser vuestra madrina,

y he de partir al despuntar la aurora.
LOR. Un sacrificio mas! á los altares
(Despues de una breve pausa.)
llevaré mi afliccion; pero no importa.
Sonreiré... si al través de la sonrisa
la inmensidad de mi dolor no asoma.
MARQ. Que no sospeche la inocente...
LOR. Nada.
MARQ. Triste va á ser la santa ceremonia;
mas no es posible retardarla.
LOR. Cierto.
MARQ. Advertiré á Bernarda que ya es hora.

ESCENA XII.

LORENZO, solo.

Bien! bien!—No sé en qué consiste,
no sé; pero tengo miedo
ahora que á solas me quedo
con mi pensamiento triste.
Todo para mí se viste
del luto del corazon.
Calle la noble ambicion,
que ya mi espíritu empieza
á sentir de su flaqueza
la humillante conviccion.
Vuelva de su vano ensueño
y su camino desande
el que se creyó tan grande
y se encuentra tan pequeño.
Renuncia á tu loco empeño,
pues de tu error te persuades,
gigante en las vanidades,
pigmeo en fuerzas y arrojo,
que has pretendido á tu antojo
manejar las tempestades.
De un ambicioso vulgar
cuenta la mitologia
que precipitó del dia
el ardiente luminar.
Á él me puedes comparar,

Cisneros, Febo español!
sol fué de puro arrebol
tu pensamiento bizarro,
y yo soy Faeton, que el carro
precipité de tu sol.
Yo que de tantos asombros
siento la mortal zozobra,
quise tu difícil obra
levantar sobre mis hombros,
y hoy veo rodar entre escombros
con ella, mi vanidad.
Noble y santa libertad,
mi consoladora idea!...
vuelve á Dios: no te desea
la frívola humanidad.
Mas con esto la inquietud
de mi conciencia no aduermo.
Mentí! mentí! no hay enfermo
que no quiera la salud.
Acuse á su ineptitud
el que creyéndose fuerte
jugó de un pueblo la suerte,
y á la calumnia no acuda;
que la humanidad no duda
entre la vida y la muerte.
—Qué es esto? qué sensacion
rara!... Dicen que conmigo
va mi mayor enemigo,
y es mi propio corazon:
que la ciencia, á la inaccion
ó á la muerte, me condena.
—Señor! si es esta mi pena,
conozca yo mi delito.
(Hace un esfuerzo para incorporarse)
—Bernarda! (Pausa) Yo he dado un grito;
pero mi voz no me suena! (Con terror.)
Muerte! eres tú, no me engañas!
siento que te acercas; siento
que se adelgaza mi aliento:
que se hielan mis entrañas.
Mil sensaciones extrañas
siento á la vez!... ya no veo!...

—Gran Dios! mio es... tu deseo...
tuya... mi pobre... existencia...
Padre!... creo... en tu clemencia!
creo... Señor! creo!... creo!...
(Espira: el teatro queda por un momento solo: poco despues sale Bernarda vestida de blanco.)

ESCENA XIII.

LORENZO, muerto: BERNARDA.

BERN. Lorenzo? mira!—No está.
Acaso en esotra sala...
ó es que su traje de gala
aun le ocupa: eso será.
Para qué, si te desea
mi corazon, solo amante,
y es tu apacible semblante
lo que mas me lisonjea?
Si te basta una mirada
tranquila, exenta de enojos,
para deslumbrar los ojos
de tu esposa enamorada!
Me inunda solo tu vista
de cariñosa zozobra,
y una palabra te sobra
para tan fácil conquista.
Y yo? no ha ajado mi frente
de los pesares la huella?
si me encontrará tan bella?...
Por qué no? seguramente.
Ya quisieran mas de dos
presumidas... Y aun me quejo!
Ahora me miré al espejo
y he dado gracias á Dios.
Pero señor!... ó es que tarda,
ó es que mi amor tiene prisa
de alcanzar una sonrisa
para la feliz Bernarda.
—Mas qué es eso? no me engaño?
(Viendo a Lorenzo.)
allí Lorenzo! y sin verme!

Si duerme, cómo es que duerme
en tal momento? es extraño!
(Coge la luz y se dirige hácia él con muestras de temor.)
Lorenzo! Lorenzo mio!
—Su calma me desconcierta!
Soy yo, Bernarda! despierta!
(Cogiéndole una mano.)
Ay! no despierta! está frio!
(Deja caer la luz: el teatro queda á obscuras.)
Vírgen del mayor dolor!
duélante mis desventuras!
(Cayendo de rodillas.)
Lorenzo!—He quedado á obscuras!
Favor! se muere! favor!

ESCENA XIV.

DICHOS y la MARQUESA, con luz.

MARQ. Bernarda!
BERN. Venid.
MARQ. Qué pasa?
BERN. Dios sin duda os ha enviado.
MARQ. Pero qué es esto?
BERN. Que ha entrado
la desdicha en nuestra casa.
MARQ. Pero explícame...
BERN. Quizá
padece, y yo... ni me muevo!
Lorenzo... Si no me atrevo!
Socorredle: allí... allí está.
(Señalando al sillon.)
(La marquesa se dirige á donde está Lorenzo: le pone una mano sobre el corazon y queda por algunos momentos en esta actitud: Bernarda, sin abandonar la suya, exclama con ansiedad.)
BERN. Vive? vive?
MARQ. (Esto es atroz!)
BERN. Vive?... Ay! no! necia quimera!
Á ser posible, hasta hubiera
resucitado á mi voz.

MARQ. (Me hace el corazon pedazos.)
BERN. Desengañadme, señora.
No queda esperanza?
MARQ. Llora.
BERN. Ay de mí!
MARQ. Llora en mis brazos:
ven.
(La separa de Juan Lorenzo, y corre la cortina, de modo que el sillon en que está el cadáver quede oculto para el público.)
BERN. Quién le ha muerto?
MARQ. El dolor
ha minado su existencia.
Está llorando Valencia
los crímenes de un traidor.
Ah! mírale!
(Señalando á Guillen, que sale en este momento.)

ESCENA XV.

DICHAS y GUILLEN SOROLLA.

BERN. Es él?...
SOROLLA. En prueba
de la amistad que le tengo,
á dar á Lorenzo vengo
una dolorosa nueva.
MARQ. Vuélvete.
SOROLLA. Por su alianza
con los nobles, conmovida,
la plebe quiere su vida
y está clamando venganza.
La fuga... puedes creerme;
si es que de temor se esconde...
MARQ. Nada teme.
SOROLLA. Pero dónde
está? quiero hablarle.
MARQ. Duerme.
SOROLLA. Le despertaré.
MARQ. Allí está.
(Señala á donde está el cadáver: Sorolla se dirige á él precipitadamente, sin descorrer la cortina, que

permanecerá echada hasta la conclusion del acto.)

SOROLLA. Lorenzo! (Pausa.) Esta mano fria!...
(Sale despavorido.)
—No dijisteis que dormia?

BERN. Ya no se despertará. (Sollozando.)

SOROLLA. Quién le ha muerto? qué villano
traidor, qué mano iracunda!...

BERN. Es su herida mas profunda,
que la que infiere una mano.
Y es tuya la odiosa palma
de ese triunfo.

SOROLLA. Infausto yerro!

BERN. Solo al cuerpo alcanza el hierro;
tú le has herido en el alma.

SOROLLA. Yo he sido! yo! singular
acaso! terrible idea!

MARQ. Aun puede si lo desea
sus delitos expiar.

SOROLLA. Y cómo?

MARQ. Ensaya, Guillen,
tu poder: lucha! avasalla
á esa impudente canalla!

SOROLLA. Nada puedo para el bien.
[1] »Han blanqueado mis cabellos
»en horas! Mi poderio!
»Sarcasmo! yo no los guio;
»soy arrastrado por ellos.
»Y me llevan á un abismo;
»sé que su víctima soy,
»y voy, sin embargo, y voy
»ayudándoles yo mismo.»

MARQ. Huye.

SOROLLA. Fuera de mi muerte
cierta ocasion esa huida.

BERN. (Con indignacion.)
Pues dime, aun amas la vida?

SOROLLA. Ya tengo echada mi suerte.

VOCES. Sorolla! (Dentro.)

---

1 Pueden suprimirse en la representacion estas dos redondillas.

SOROLLA. Voy! (Dirigiéndose á la puerta de salida.)

MARQ. Me avergüenzo
de mi compasion. (Se aleja Bernarda.)

SOROLLA. Bernarda! (Volviendo.)
oye mi disculpa: aguarda.

BERN. Voy á orar por Juan Lorenzo.

VOCES. Sorolla!

(Mas cerca. Sorolla vuelve á hacer ademan de partir.)

MARQ. Á seguirlos vas?

SOROLLA. Soy su esclavo: no os asombre.

MARQ. Recemos por ese hombre,
que lo necesita mas.

(Bernarda se ha arrodillado delante del crucifijo: la marquesa está de pie entre los dos. Guillen Sorolla, despues de un momento de vacilacion, se va por la puerta de la derecha como arrastrado por el bullicio de los desmandados. Un momento antes se habrá dejado ver resplandor de luces, y se habrá oido rumor lejano de voces. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

COMISIONADOS PRINCIPALES DE ESTA ADMINISTRACION.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	Paya é hijos.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	A. Lloret.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	L. Iribarne.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	O. Carrascosa.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	F. Lopez Moreno.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra.
Bejar.	M. Illan.
Bilbao.	T. Astuy.
Búrgos.	T. Arnaiz.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	M. Savoie, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	F. Orellana.
Carolina.	B. Lozano.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ochorán.
Ceuta.	J. Bosqui.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Córdoba.	M. Muñoz y Blasco y R. Arroyo
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Ecija.	J Giuli.
Ferrol.	J. Lago, de la *Coruña.*
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida
Guadalajara.	F. Sanchez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	M. Ibañez.
Huelva.	F. Galvez Palacios.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez y Compañía, de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	M. Gonzalez Redondo.
Lérida.	T. Casals.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	J. Rodriguez Perez.
Murcia.	T. Guerra.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	C. Ferris.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	B. Longoria.
Palencia.	G. Camazon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	M. P. Moreno.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	R. Gutierre.
Salamanca.	T. Oliva.
San Fernando.	A. Molinelo.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	S. Lindres Echezárraga.
San Sebastian	J. R. Baroja.
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	P. Basañez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	J. Sancho Pulido.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	M. Sol.
Teruel.	A. Lázaro.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	C. Trevino.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valladolid.	D. Jover.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

MADRID. Librerias de la *Viuda é hijos de Cuesta*, y de *Moya y Plaza*, calle de Carretas; de *A. Duran*, Carrera de San Gerónimo; de *L. Lopez*, calle del Cármen, y de *M. Escribano* calle del Príncipe.



Obras del mismo Autor que se hallan en la Administracion lírico-dramática.

La bondad sin la experiencia (comedia).
Un duelo á muerte (drama).
Venganza catalana (drama).
Eclipse parcial (comedia).
Juan Lorenzo (drama).

ZARZUELAS.

Cegar para ver.
El Grumete.
La vuelta del Corsario (segunda parte del Grumete).
Galan de noche.
Llamada y trepa.
Azon Visconti.
Dos coronas.
La caceria real.
La tabernera de Lóndres.
Un dia de reinado.
El capitan negrero.

